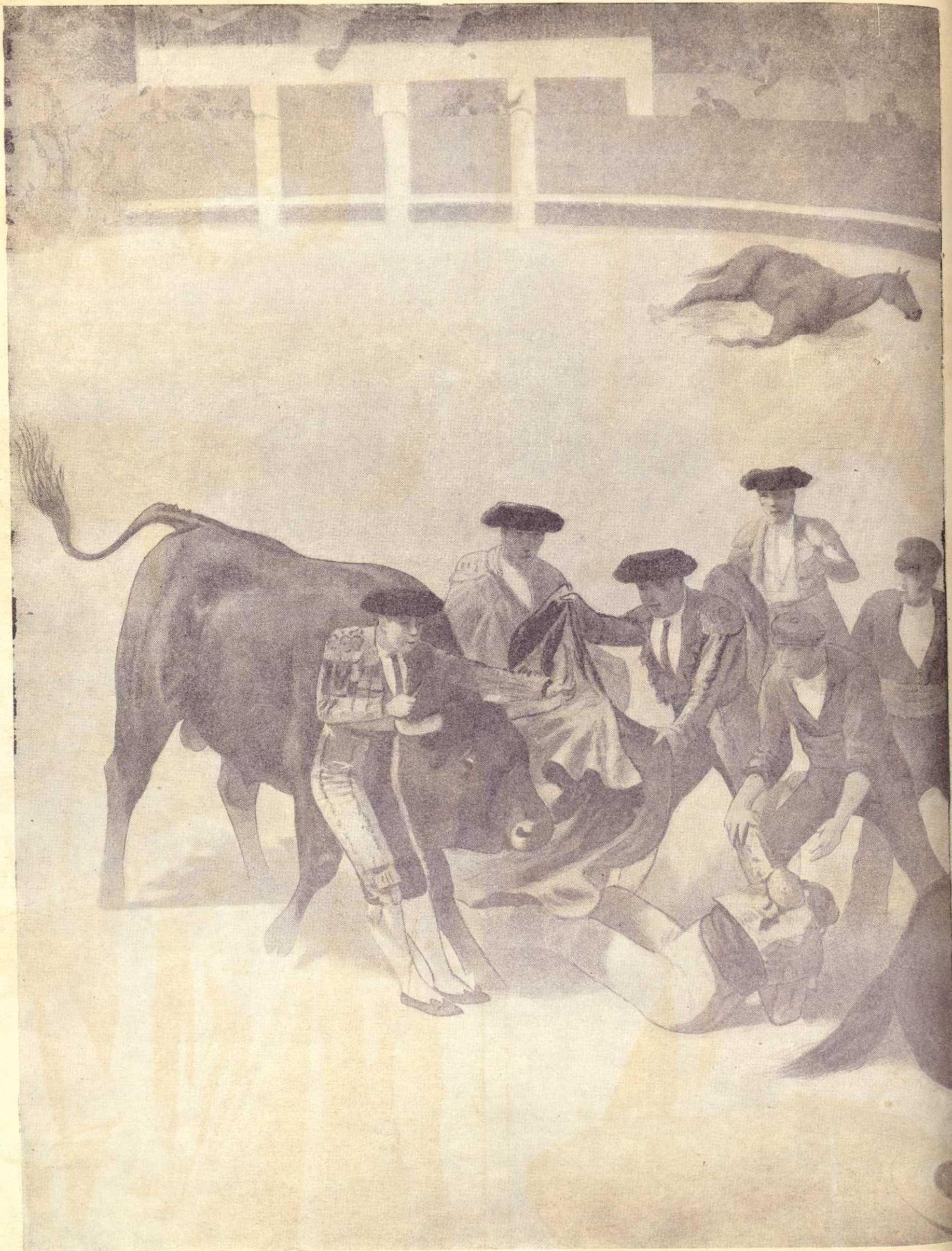


# El Ruedo



150  
Pts

JAAVEDRA



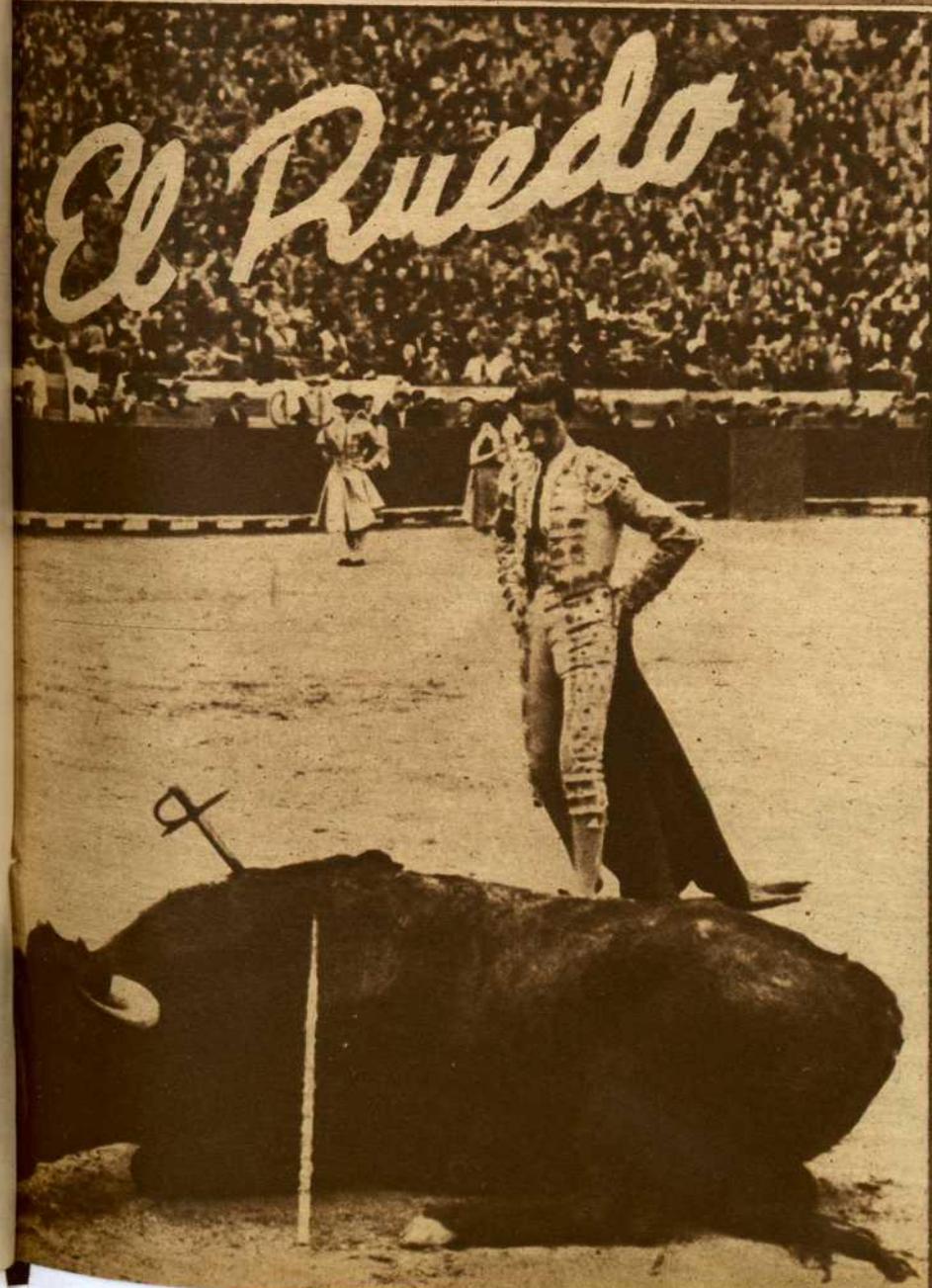
Un quite arriesgado  
(Dibujo de Perea.)



La primera  
oreja que corta  
**MANOLETE**  
esta  
temporada



Cinco momentos de su actuación  
en el segundo toro de la primera  
corrida fallera en Valencia  
(Fotos VIDAL)



# El Ruedo



# EL LAPIZ EN LOS TOROS

La novillada del domingo en Madrid

Por ANTONIO CASERO

La estocada de Alvarez Pelayo a su primer toro



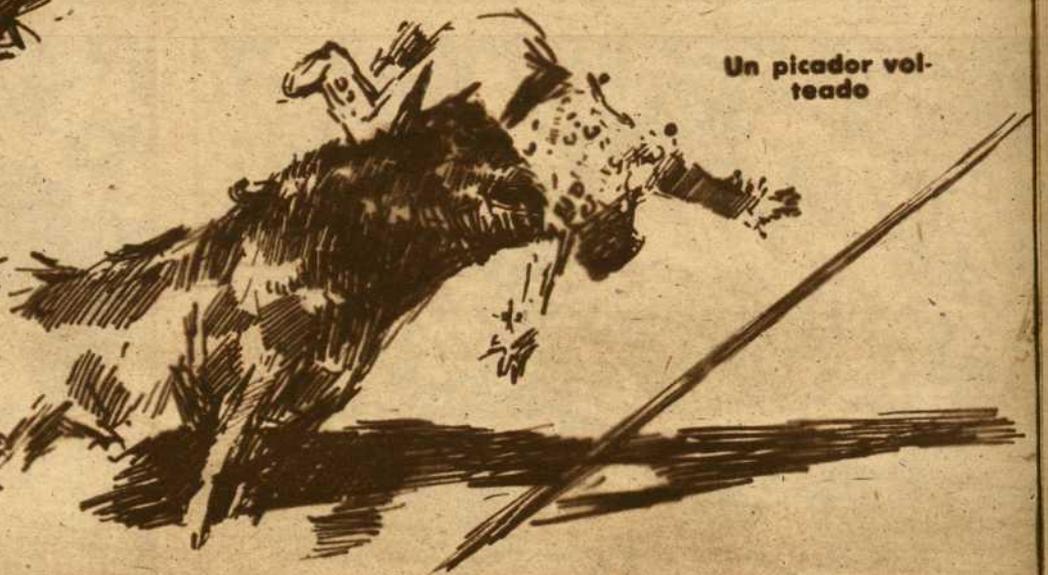
Un par de banderillas de Luis Morales



El Alferez durante su faena de muleta al tercer toro



Un picador volteado



Un momento de la cogida del Alferez



ANTONIO CASERO



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



**A**UNQUE estamos aún en el «patio de caballos de la temporada» —esta es una frase de Capdevila, que completa diciendo que «los toriles no se abren hasta el Domingo de Pascual»—, ya se le va viendo el pelo.

Un pelo que no ha de tener otros cambiantes que el de la composición de los carteles según vayan llegando los diestros mejicanos y repatriándose los españoles que se fueron.

Desde que se abrió el primer chiquero y hasta mediados de abril, las

corridas celebradas y las que se celebren han llevado y llevarán sustituciones en los carteles. Un diestro singularmente, y algún diestro más, han disfrutado este reparto de premios que podrá compensarle, en parte, de lo que tengan que perder después.

Pero esto por lo visto gusta y conviene a los toreros españoles, o por lo menos así se desprende de esa reincidencia en un «convenio de reciprocidad» para novilleros. Cuatro españoles y con cuatro corridas cada uno saldrán para Méjico a mediados del mes próximo. El Boni, Yoni, Paco Lara y Luis Mata se van muy contentos, muy confiados en sus éxitos económico y artístico. Los que se quedan también deben de estar satisfechos, puesto que firmaron el acuerdo. Sin duda, debieron de decirse: «cuatro que se van, cuatro puestos que podremos repartirnos entre los que quedamos»... Claro que también pensarían en los que pudieran llegar; pero como no han llegado...

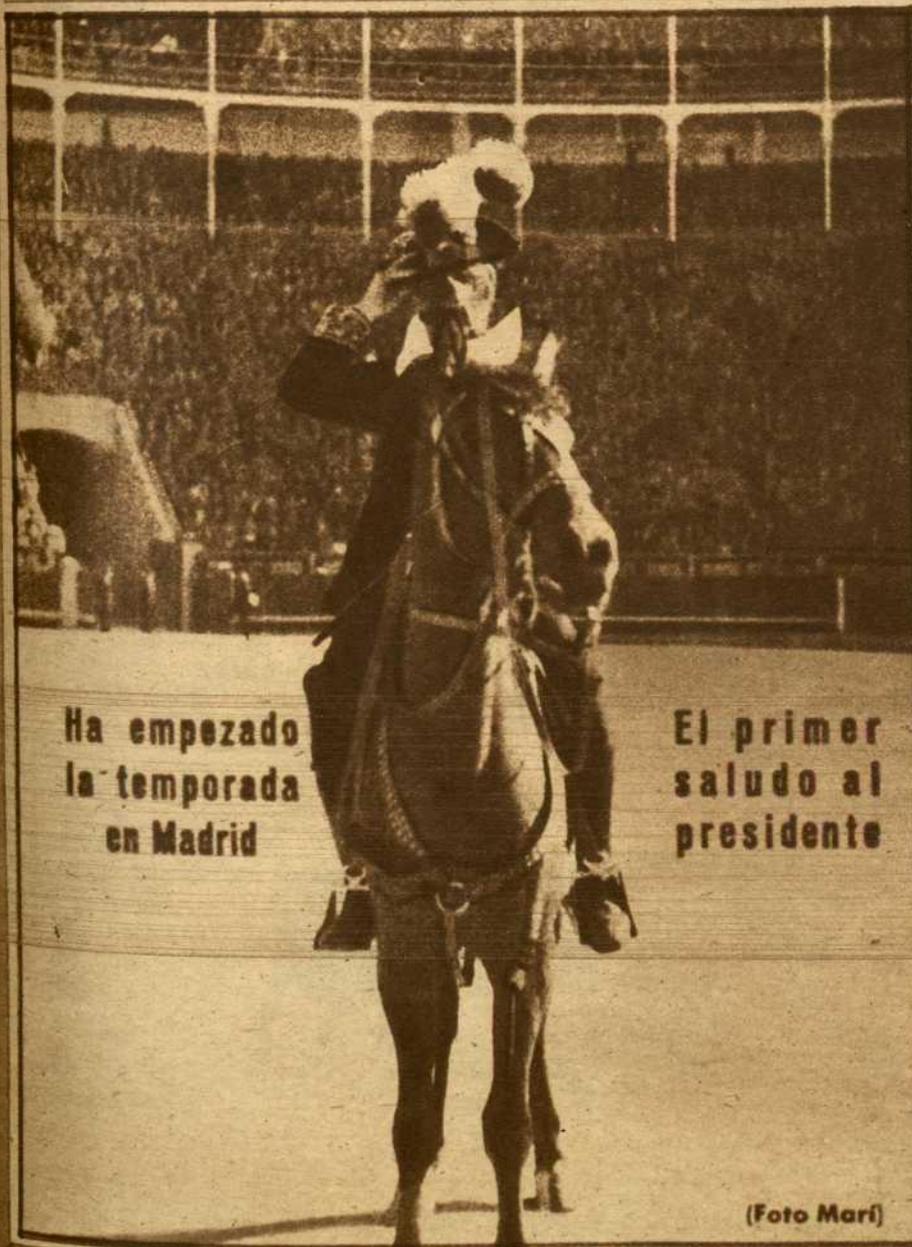
No han llegado, pero llegarán, y según lo que leemos en recortes de Prensa mejicana, muchos más de cuatro y algunos cuajados ya para la alternativa, que pretenden tomar en España.

A base de esto, de muchas orejas y de multas a los ganaderos, pasaremos la primavera. Mientras estemos en el patio de caballos y salgan buenos soles, como el del domingo y el lunes últimos, faltará lo primero, pero no las orejas y las multas. Llegará la Pascua —apertura de toriles— y seguiremos igual.

Pero luego, como he dicho al principio, empezarán a llegar barcos cargados de diestros... ¡y subalternos! Y el pelo, las capas, irán cambiando.

¿Para bien de la fiesta?... Eso ya lo veremos, pues, pese a que las orejas y las multas seguirán a la orden del día, es posible que los repartos de las primeras no parezcan equitativos, porque... leyendo un poco entre líneas, desapasionadamente, una y otra y otra reseñas, y una y otra y otra crónicas de las corridas celebradas, he advertido —demasiado suspicazmente acaso— que la actitud de nuestros diestros frente a la avalancha de los mejicanos va a carecer de serenidad.

Año II -:- Madrid, 21 de marzo de 1945 -:- Núm. 41

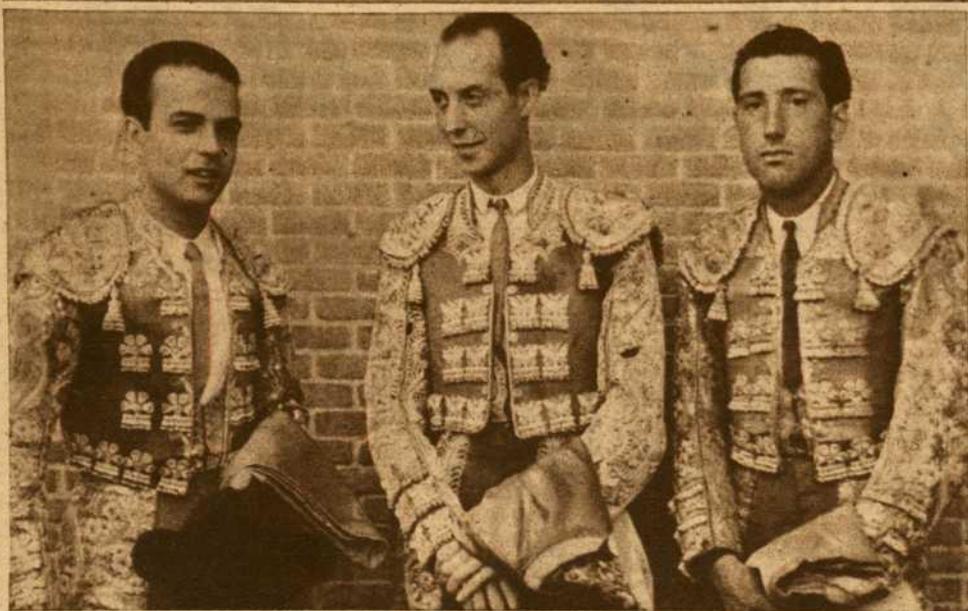


Ha empezado  
la temporada  
en Madrid

El primer  
saludo al  
presidente

(Foto Mari)

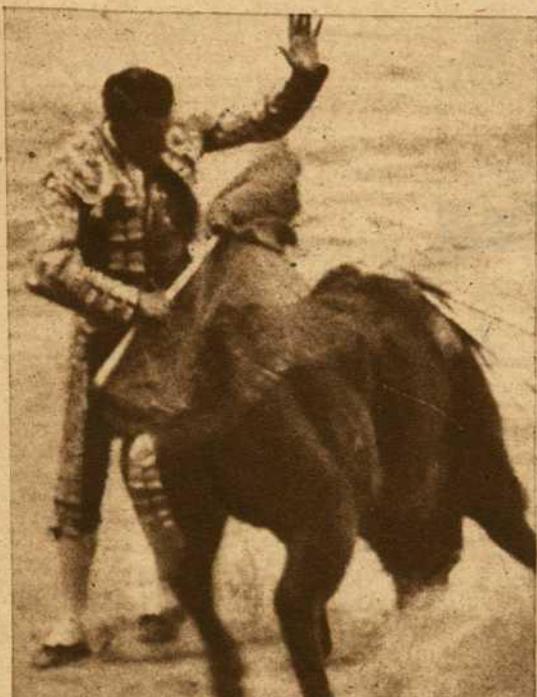
# CARTEL DE MADRID



Emilio Escudero, Alvarez Pelayo y El Alferez, que el domingo torearon en Madrid la primera novillada de la temporada



Rosalito, Rafael Llorente y El Soldado, antes de hacer el paseillo en la novillada del lunes en la Plaza de las Ventas



Emilio Escudero iniciando un molinete



El Alferez, en un pase de pecho



El Alferez saluda desde el tercio



Alvarez Pelayo dando la vuelta al ruedo



Un pase por alto con la derecha de José Luis Alvarez Pelayo



De la primera novillada de la temporada en Madrid. Una peligrosa caída del picador. Matadores y subalternos dan al quite

**Domingo, 18 - SEIS NOVILLOS DE CORRAL.  
EMILIO ESCUDERO, ALVAREZ PELAYO Y EL ALFEREZ**

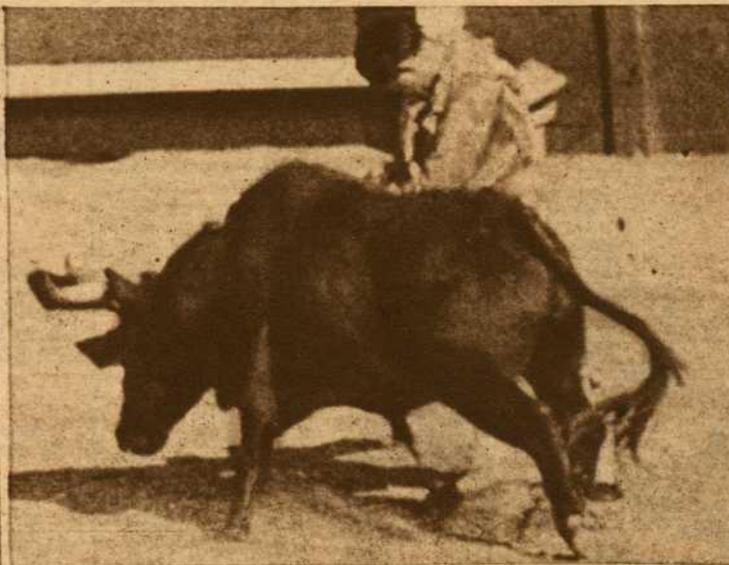
**Lunes, 19 - SEIS NOVILLOS DE GARCIA GRANDE.  
ROSALITO, RAFAEL LLORENTE Y EL SOLDADO**



Rafael Llorente, que tuvo una lucida actuación, toreando al natural



Llorente saluda al público y muestra la oreja cortada a su primer toro



Rosalito toreando de capa a su primer toro



Un ceñido muletazo de El Soldado



El Soldado en otro momento de su faena

**LA SEMANA EN LAS VENTAS**

**LOS QUE SE DESPISTAN Y EL QUE ACIERTA**

**Por EL CACHETERO**

**C**UANDO El Soldado, después de andar forcejeando con su cuadrilla — los peones de estos novilleros que empiezan se creen Blanquet todos— para poner en suerte al novillo tercero, del día de San José, comenzó a muletear, estaba muy lejos de creer que iba a presenciarse uno de los grandes hechos de la temporada. En la pasada ya fueron tomando carta de naturaleza los pases en redondo mirando al público de los tendidos. Mala carta de naturaleza, porque el bloque estético de toro y totero se quiebra y descabala al marcharse, por esa mirada ausente, forzada, con toda la armonía de la situación. (No dirán que no me pongo a tono con la manía estética del público actual, y por ese cante baso una contradicción, que aun tendría muchas razones taurinas para apoyarse). Bien; pero lo corriente era fijar la vista en las cinco primeras filas del tendido más próximo. Parrita anduvo más, pues su vista desafió a los espectadores de tendido alto. Esto era, hasta las seis menos veinte de la tarde del lunes, la marca más elevada. El debutante, Soldado, novillero que con absoluta serenidad hemos de considerar como de un valor inconsciente, insolente y temerario, miró mucho más alto. Estaba muleteando en redondo en los tercios del diez y desvió la vista a lo alto. Los espectadores de andanada del tres pudieron creerse rozados un momento por su mirar. El segundo pase de esta suerte fué dedicado al reloj. El tercero, amigos, fué mirando al cielo. Ya no hay quien abarque más. Podrá discutirse que hoy se torea mejor que nunca; pero el que se torea mirando más lejos que nunca, es una verdad inconcusa e irrefutable. Enhorabuena.

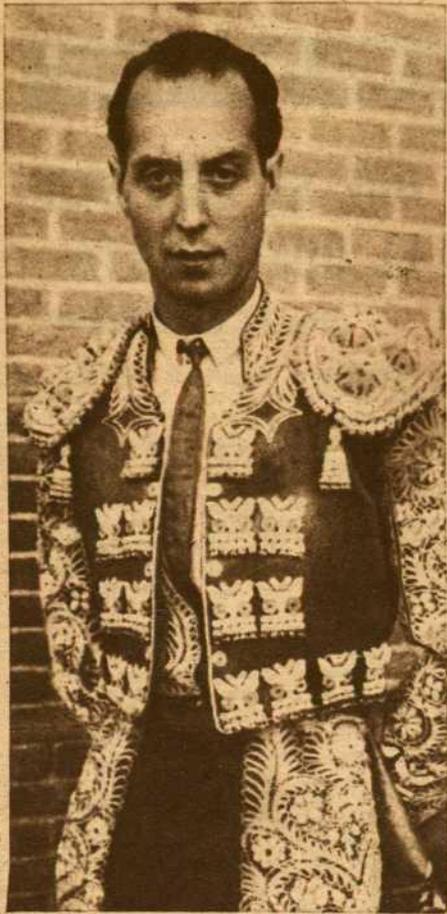
Los pases no fueron seguidos en serie, sino entrecerrados con otros muchos, ferozmente valerosos, con revolcones, desgarros de traje, molinetes de rodillas y un constante deseo de rematar de rodillas un quite por chicuelinas. Lo que había allí, y el público entre se reía y aplaudía, era el absoluto despiste de un muchacho valiente, que empieza imitando el no toreo que hoy pasa por ahí como bueno si se logra, y, naturalmente, produce una sensación de inexistencia absolutamente ridícula. Un pase natural, por mucho que se falle, no puede ser tomado a broma, como se tomó el domingo —otra gran fecha de la temporada— el que el voluntarioso y torpón Escudero fuese cogido toreando por manoleínas.

Lo que sí es eterno y actual, en cualquier época, es el asomo de torear y el terror pánico. Si hubiese que resumir la actuación consecutiva de los seis novilleros de domingo y lunes, podría decirse que cuatro estuvieron valerosos en varias gamas de equivocación: negación y despiste, los tres del domingo, y este famoso Soldado, del lunes. Más en serio o más en broma cumplieron con decoro, y allá seguirán por un aprendizaje, que les deseamos próspero y fructífero. También hubo el caso del absoluto fracaso de Rosalito, diestro que pareció más cuajado y que ahora se presentó en tarde desastrosa, hecho un puro guifapo, lleno de miedo, sin afición ni sitio, con la moral perdida desde el primer momento, lidiando primero a la defensiva e inmediatamente después a lo descompuesto y medroso. Un aviso generosamente solitario, seis huidas, irse a la enfermería del porrazo sufrido al tirarse de cabeza al callejón, no pueden tener más colofón que el radiós, Madrid!, como prólogo a las demás acciones.

Rafael Llorente, que se llevó en la mano la primera oreja de la temporada, es otra cosa distinta a todo lo visto. Para mí, lo principal en su mérito estuvo en el saber andar por la plaza, su labor fresca (tenía ganas de emplear este concepto, que en los novilleros todavía tiene fuerza elogiosa, buen amigo José María Cossío) ante el regalo que la pavora de Rosalito le dejó, y el modo de meter en muleta al novillo castaño de la oreja con cinco muletazos enclaustrando y resistiendo de verdad. Hubo en él, más valor y conocimiento, pases con emoción y el calor de haber arrosos, mandando al-desolladero sus tres novillos en tres entradas valerosas. Una cierta bastedad y atropello son cosas que con el planceo y el calor de haber conseguido ovaciones, una oreja y dos vueltas al ruedo de las Ventas, pueden corregirse. Por lo menos, puede ya decirse de él que entra por los senderos lógicos del toreo: toreando, no perdiendo la cara y con valor. El mucho camino que aun le falta no está obstruido por los despistes a que obliga la mala digestión de las más acusadas características del toreo de hoy.

## EXAMEN DE CONCIENCIA

# DESPUES DE LA CORRIDA



El Alferez, que el domingo se presentó por vez primera en Madrid

Muy poco ha que acaba de abrirse "el portón de los sustos", y viene aquí de nuevo colocado en suerte con mis avios —láviz y cuartillas— para cumplir exactamente mi misión de trasladar a ustedes los juicios autocríticos de los héroes de cada tarde.

### EL ALFEREZ

Sin duda por ese innato espíritu de curiosa simpatía, característico en los aficionados madrileños hacia todo artista debutante, en la primera corrida de la temporada el foco de la atención unánime fué a converger en el torero valenciano.

Su perenne en su segundo toro hizo que la entrevista, de antemano preparada para realizarse en la habitación del hotel, tuviera el imprevisto escenario de una celda del Sanatorio de Toreros.

Este, al verme, se lamentó de su mala suerte:

—Salí muy tranquilo, contentísimo por haber conseguido lo que tanto representa para todo novillero: pisar el ruedo madrileño.

—¿Hace mucho tiempo que practica usted en el oficio?

—Aunque en diversas ocasiones, durante mi servicio en armas, fui autorizado para intervenir en varios festivales, bien puedo decir que mi iniciación taurina no arranca hasta 1943.

—¿Cuál fué, entonces, su primera actuación?

—En mi patria chica, con ocasión de lidiarse una novillada de "Muras" por Martín Bilbao, Juanito Doblado y yo.

—¿Qué le pareció el primer novillo y único despachado por usted?

—De salida no me gustó nada; pero como mejorara bastante en el primer toro, llegó a la muleta bastante mejor de lo que en principio supuse. Hubo un momento en que creí que iba a armar un alboroto.

—¿Y fué...?

—Al conseguir varios muletazos a mi gusto. ¡Lástima que después de la estocada al amorcillarse el bicho, me fuera imposible abreviar con descabello! Luego, con el sobrero, muy avisado por el mucho tiempo de estar en los corrales, poco podía hacer.

—¿Cómo se explica usted que le cogiera?

—Al ir a recogerlo sentí que me pisaba, impidiéndome hurtarme de la querencia del animal, y por esto me caló con el pitón toro, a placer, en el muslo derecho.

Llega el doctor Jiménez Guzmán para reconocer al herido. Sin descartar la importancia de la cogida, la considera como cornada de suerte, pues de haber seguido el pitón otra trayectoria, las consecuencias hubieran sido irreparables.

El Alferez, encarándose con el cirujano, le dice muy entero: —Don Luis, hágame todo el daño que sea preciso; pero, por lo que más quiera, póngame pronto bueno, que quiero armar en Madrid un *no de espanto!*...

### EL SOLDADO

El segundo representante de la "milicia" taurina debutante hacia su primera corrida con picadores, y nada menos que en Madrid. ¡Para que luego nos hablen de las dificultades para entrar en la primera Plaza de toros del mundo!

Solo —si sólo se entiende en compañía del apoderado y mozo de espadas— y un tanto cariacontecido, Alberto García resumió sus impresiones de esta forma:

—Mi primer toro, al propinarme un fuerte palotazo al hacer un quite, me restó facultades, hasta el punto de no darme cuenta de que podía torearle por el lado derecho. A mi segundo, uno de los más suaves de la corrida, lo picaron en demasía, y por esta causa llegó a la muleta con media arrancada. Puse toda mi voluntad; pero los aficionados convendrán conmigo en que el ganado de esta tarde no estaba para florituras presamante.

### LLORENTE

¿Tardaremos en ver a este muchacho hasta otro 19 de marzo? Porque es el caso que sus tres intervenciones lo fueron en esta fecha.

Debutó en 1943, en una novillada de Flores Albarrán, y al hacer el primer quite se fué a la enfermería con una cogida de importancia.

Lo repitieron al año siguiente, en la misma fecha, y esta vez, por cogida de Miguel Cirujeda, tuvo, como hoy, que despachar tres toros.

Ahora nos ha recordado que en el toreo existe una difícil papeleta, que se denomina lidiar, y como lo hiciera sin trucos ni ventajas, se llevó la primera oreja de la temporada.

—Mi mérito, si es que lo he tenido—dijo modestamente Rafael Llorente—, acaso estriba en que durante todo el invierno no he conseguido verme delante de un astado.

F. M.



El Soldado, que también se presentó por primera vez ante el público madrileño



Llorente, que ha cortado la primera oreja de la temporada en Madrid

# BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Primera novillada de la temporada en Madrid. Ya frente a la Plaza, notamos las innovaciones: han puesto un ruedo de jardinillos con cipreses, que para los toreros supersticiosos debe de ser de escalofrío.

Al entrar huele más que nunca a bodega y a catacumba. Y ese olor se mezcla al de la pintura reciente.

Se nos barnizan los pulmones.

Los timbales, bien "sidolados", brillan al sol. Como se han vendido casi todas las localidades, un espectador comenta: "¡Y eso que hay Fútbol!"

"¡Parecemos equilibristas!", exclaman, muy satisfechas, unas señoritas que, con andar de funámbulas, avanzan por el borde del tendido.

Los viejos empleados de la Plaza siguen en su puesto. Han resistido una temporada más. ¡Enhorabuena, veteranos amigos!

El Merienda, con su ronca voz, inicia también la temporada de los gritos: "¡Qué lástima de toro!", comenta refiriéndose a la mala lidia que sufre el primero de la tarde.

Escudero es especialista en estocadas pulmonares. Y cuando aun no ha iniciado un lance, ya está pensando en cómo ha de concluirlo. Parece que ha hecho suyo el tema del "Metro": "Antes de entrar, dejen salir."

Alvarez Pelayo tiene alegría de escuela sevillana. Pero aunque iba de azul, está un poco verde.

El Alferez nos hizo pasar un mal rato con su cogida. Y es un torero valiente, que se para y practica la buena teoría manofetista.

Un banderillero quiso entrar de frente en el burladero y se quedó aprisionado por los "tornillos" de la cintura, balanceándose como la tabla de un columpio.

Hay picadores que manejan la puya como si fuera la lanza de un caballero en una justa medieval. ¡Qué aires!

En cambio, hay otros piqueos corajudos y sañudos que parecen, más que cumplir su oficio, solventar una cuestión personal con el toro. Y hasta se hacen los remolones y se quedan regazados después de haber cambiado la suerte, por si pueden "picar de clavo". ¡Son terribles!



## LOS AMIGOS DE LOS TOREROS

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



Alvarez Pelayo, antes de empezar la corrida del domingo en Madrid

CUANDO estas líneas se publiquen ya se habrán celebrado las tres corridas de las fallas de Valencia, y también habrá abierto sus puertas la Plaza de Toros de Madrid. Ya era hora. Todos estamos un poco cansados del chismorreo invernal. No es que se hubieran agotado los temas, porque éstos no se agotan nunca. Pero son más jugosos los comentarios de la actualidad palpitante.

Todos los toreros están muy rozagantes al terminar el invierno; el que más y el que menos ha engordado. Y esto les preocupa. Algunos se imponen un régimen severísimo de comidas, parecido al de las señoras cuarentonas, que por nada del mundo quieren perder la línea. Ganas de pasar inútilmente privaciones. Decía el Mangas, picador de los malos, pero gracioso de los buenos, a un amigo suyo, preocupado con esa cosa tan terrible para algunos del aumento de peso: "¿Tú quieres adelgazar de verdad? Pues cállate a tu padre que te compre un traje de torear, lo pongas en la silla de tu alcoba, te haces a la idea que tienes que torear y adelgazas veinte kilos en veinte días". Para el mes de julio, los toreros son otros. Han perdido los colores que la holganza del invierno les dió. Están más bien demacrados y ajados, con cara de enfermos del hígado, cabizbajos y poco comunicativos; los unos porque torear mucho, y los otros porque no torear.

Coincidiendo con este decaimiento toreril contrasta el optimismo y la alegría de los amigos de los toreros. El amigo de los toreros es uno de los seres más curiosos del planeta de los toros. Son hombres sin personalidad, que viven a la sombra de la del matador. Viven, pero no medran. Si son pudientes, hasta se arruinan por observar a su ídolo; si no lo son, dejan sin comer a su familia para convidar a su torero un día a comer. Le ofrecen todo su tiempo; es una forma de locura semejante a la del vicioso de un vicio absorbente. Para ellos, todo lo que queda fuera de la órbita de su torero, no existe.

Mala época el invierno para los amigos de los toreros. Estos, en invierno, aun los más famosos, se oscurecen un poco. La gente los mira cuando pasan a su lado, pero de otra manera que en el mes de agosto. A lo más que llegan es a decir: "Mira, ahí va el Fulano". Claro que estas simples palabras, para el amigo del Fulano que le acompaña, son inapreciables. Ellos, en su inaudita vanidad, estiman que, por el hecho de ir al lado del Fulano, les corresponde algo de esas miradas, y que algún día también alguien exclamará al verlos: "Mira, ese que va ahí es un amigo del Fulano". Y esto les colma de satisfacción. Y no se cambian por nadie.

En cuanto va a comenzar la temporada, el amigo del torero coge a éste un día y le dice:

—Su-no, tú eres el mejor; eso lo saben hasta los negros; pero este año tienes que salir dispuesto a todo. Nada de tirar líneas y de irse a lo cómodo. A torear los Pablo Romero con cinco años y 350 kilos, y si don Tulio y don Isaias Vázquez tienen una corrida de 400, se la pides, que no te van a decir que no, y te encierras con ellos en Madrid. ¿Estamos? Tú tienes que terminar con todos estos mandados del torero; tú y nada más que tú.

El torero lo oye con aire distraído y comenta:  
—Siempre he creído que estabas en la laguna; pero creí que eras amigo mío.  
—¿Que quieres decir con eso, que no lo soy?  
—Claro que no.

—¡Fulano, te juro por mis hijos que para mí eres más que mi padre!  
—¿Ah, sí? Entonces, a qué viene la bromita esa de don Tulio y don Isaias Vázquez?

—Esa es la mejor prueba de amistad que puedo darte.  
—Pues, oye, casi prefiero que no seas amigo mío.  
—¡Fulano de mi alma, no me gastes chufas, enténdeme lo que quiero decirte! ¿Eres que tú no puedes con los toros? ¡Pues entonces! ¡vamos a acabar con todas esas máscaras torando el "barbas" con castaña en la tafeza y kilos en los lomos!

—Si los toros tú conmigo, conformes de toda conformidad.  
—¡Hombre..., yo...! Yo no soy torero.  
—Naturalmente, por eso habías así.

Y no es que el amigo del torero sea mala persona. Ni muchísimo menos. Es un ángel. Pero un ángel egoísta. El quisiera que su torero fuera el acabóse, no por nada, sino por ser amigo del acabóse. El piensa que el "barbas" de la castaña y de los kilos puede dar una cornada a su torero, y esto le constriñe unos momentos; pero inmediatamente se consuela pensando en cómo no se separará de la cama del herido hasta que éste se restablezca por completo, en cómo contará por todas partes por tenerlo, e intimidades de la curación, impresiones y motivos de la cogida. En fin, si no le da felicidad, algo muy parecido.

Todo esto es muy explicable si tenemos en cuenta lo que ya he dicho. Todo esto es muy explicable si tenemos en cuenta lo que ya he dicho. Todo esto es muy explicable si tenemos en cuenta lo que ya he dicho. Todo esto es muy explicable si tenemos en cuenta lo que ya he dicho. Todo esto es muy explicable si tenemos en cuenta lo que ya he dicho.

Existen otra clase de amigos, antitesis de éstos, que a la ligera quedan descritos. Son los cobistas, los que a todo lo que dice el matador aspiran a obtenerla retratándose a su lado siempre que puede. La tragedia del amigo del torero es que éste defraude sus esperanzas, baje en número de corridas y, por lo tanto, en popularidad. El transige con todo menos con eso de ir por la calle con el Fulano y que nadie se fije en él. En cambio, si el Fulano corta una oreja en Madrid, ¡que alegría más extraordinaria la suya!

Existen otra clase de amigos, antitesis de éstos, que a la ligera quedan descritos. Son los cobistas, los que a todo lo que dice el matador aspiran a obtenerla retratándose a su lado siempre que puede. La tragedia del amigo del torero es que éste defraude sus esperanzas, baje en número de corridas y, por lo tanto, en popularidad. El transige con todo menos con eso de ir por la calle con el Fulano y que nadie se fije en él. En cambio, si el Fulano corta una oreja en Madrid, ¡que alegría más extraordinaria la suya!

## DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

MARZO

21

MIÉRCOLES

NO soy yo quién para abogar por la desaparición de los antirreglamentarios burladeros en las Plazas de Toros. Se han permitido, y los han quitado diferentes veces, a petición de los diestros o por deseo expreso de la autoridad. Parece ser que son ya más inamovibles que la Puerta de Alcalá, en el lugar donde la mandó edificar Carlos III. Desde aquéllos se cometen los más alevosos abusos. En muchas ocasiones, quienes los ocupan suman mayor número que viajeros transporta un vagón del "Metro" de Sol a Ventas a eso de la una y media. El mal viene de antiguo. Tan de antiguo que, por esta causa, el día del Corpus del año 1889, Bocanegra sufrió una cornada en la ingle, de la que murió veinticuatro horas después. Estaba como espectador en la Plaza de Toros de Baeza, y al ver que los entonces denominados "Niños de Málaga" no salían al ruedo ni a la de tres, pidió y consiguió permiso para despachar las reses de don Agustín Hernández, que aquella tarde se lidiaban. El cuarto novillo derribó a un picador. Bocanegra acudió al quite y, perseguido por el bicho trató de refugiarse en un burladero. Atestado de valientes no pudo entrar y el novillo le clavó el asta, como queda dicho, en una ingle. Había nacido Bocanegra —y fue quien primero compitió con Lagartijo— el 21 de marzo de 1837. Fue un bravo, y entre otras cosas dignas de mención, el 4 de septiembre de 1874 mató el toro de Veragua que se llamó Toruno, y que fue el primero que se lidió en la desdichada y verdadera Catedral derribada para que nos llenase de disgusto la actualidad existente en las Ventas, y que mejor podríamos denominar "de los vientos".

Peor muerte estoy por decir que fue la que tuvo Mazzantinito, madrileño —nacido el 22 de marzo de 1880—, hojalatero, banderillero, novillero y matador, por último. De hecho, falleció de una bronconeumonía, complicada con la tuberculosis que padecía. Pero bien muerto estaba desde que comenzó a dar tumbos y más tumbos a causa de su desmedida afición al morapio. Queda aquí, para los practicantes del toreo, como la calavera y el "no tocar" que se ostentan ante los confiados transeúntes.

El 23 de este mes en que vivimos, allá por el año 1746, vino al mundo Costillares, más fenómeno que un tío que se exhibiera por las barracas de feria con dos cabezas y seis manos. Costillares fue el primero que ante las reses bravas ejecutó la verónica y el volapié. Comenzó a hacerlo a los dieciséis años; reformó el traje de los lidiadores y le dijo, y con razón, a Pepe-Hillo: "Donde yo esté, quédate atrás y di que te has perdido".

Ahora, dos vivas —uno al barbero de Embajadores y otro a Vicente Pastor— se nos escapan de los puntos de la pluma. Vicente Pastor, estampa del pundonor y de la vejez torera, se presentó a matar un becerro por primera vez ante sus paisanos el día 24 de marzo de 1895. Por ser mixta, toreó entonces con Mateito, con Parral y con Picalimas. ¡Viva usted muchos años, señor don Vicente el serio! ¡El serio?... Así fué su torero. ¡Como debe ser!

También en serio les diré a mis lectores que lo mismo que ha habido matadores con bigote —aunque mi admirable y querido Curro Mejoja lo niegue—, hubo, tiempo atrás, un torero que fué poeta. De sí mismo, tal decía que era Valentín Conde. Un 25 de marzo escribió nada más que esto: "Sufro, mas a nadie envidio"; — a lo que tengo me atengo — y gozo con lo que tengo, — y si falta me fastidio". El torero poeta murió en Villa del Prado de una cornada que le seccionó la yugular.

¡26 de marzo de 1913! ¡Que a qué vienen esas dos admiraciones! Sólo así puede escribirse que en tal fecha se presentó como novillero en Madrid "un tal" Juan Belmonte. ¡Ahí queda eso! ¡Que el 27 de marzo de 1898 murió Juenerillo? ¡Que en la misma fecha, sólo que en el año 1910, tomó la alternativa Malla? ¡Que también el 27 de marzo de 1921 murió Veneno?... Todo muy digno de tenerse en cuenta. Pero permítaseme que cierre la semana recordando tan sólo ese 26 de marzo de 1913, en que el toreo se hizo revolucionario. Sin esa fecha, entre otras cosas, nada más que esto para terminar: ¡Sería Manolete lo que es? ¡Quién se atreve a contestar, pensando y midiendo sus razones?

Juan, como Jesús, son nombres que deberían escribirse en todas las Plazas de Toros con letras de oro. Son la iniciación, el comienzo del capítulo del toreo contemporáneo y, seguramente, definitivo.

MARZO

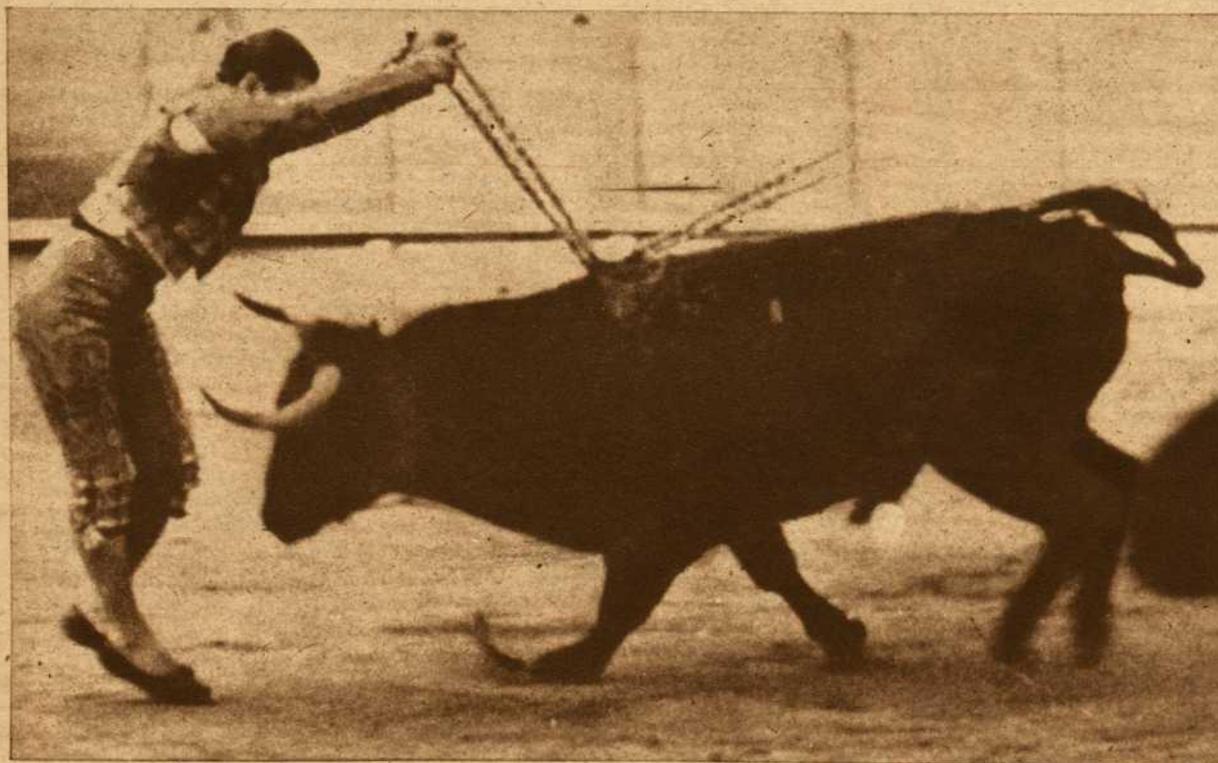
27

MARTES

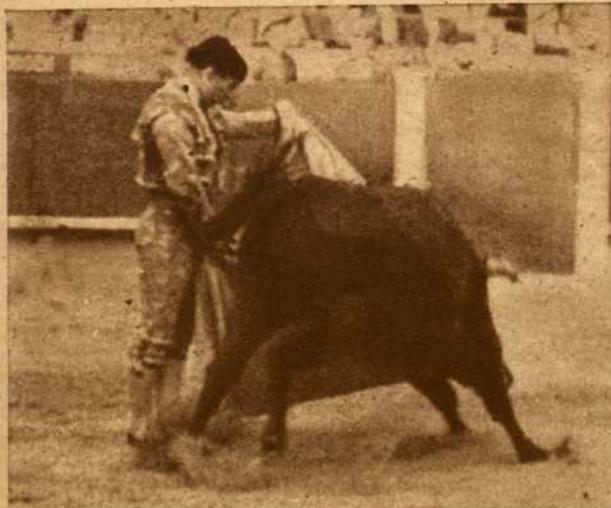
# CARTEL DE BARCELONA



Pepe Bienvenida, Cañitas y El Andaluz, dispuestos a hacer el paseíllo en la corrida del domingo en Barcelona



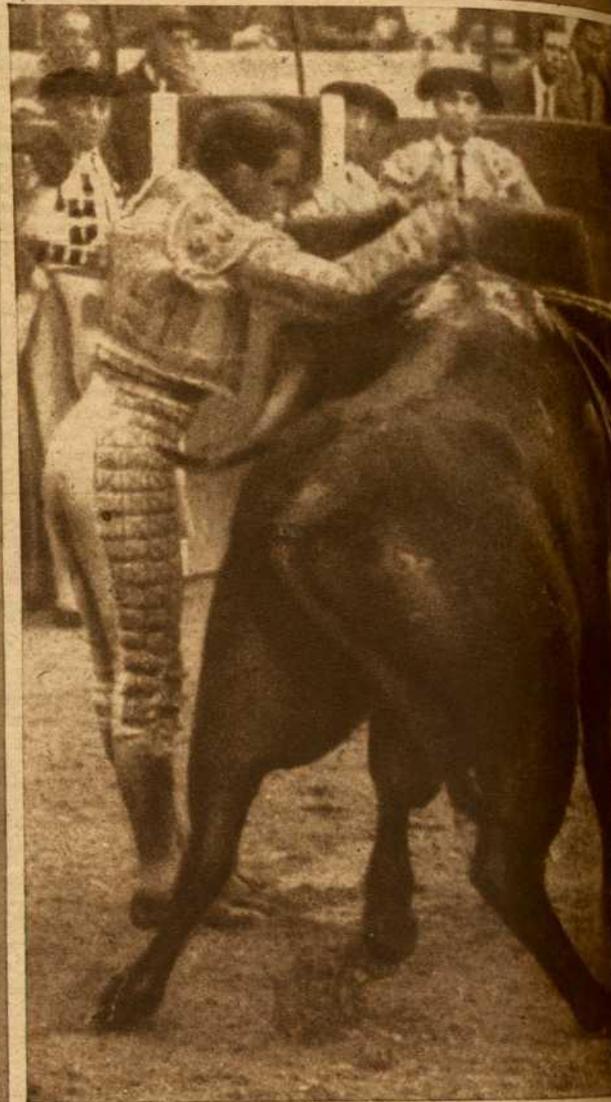
Un buen par de banderillas de Bienvenida, aguantando y dejando llegar al toro



El mayor de los Bienvenidas, lanceando a su primer toro



El Andaluz, que fué el que mejor actuación tuvo, en una manoletina



Un escalofriante muletazo por alto del mejicano Cañitas

(De nuestra corresponsal Subirán)

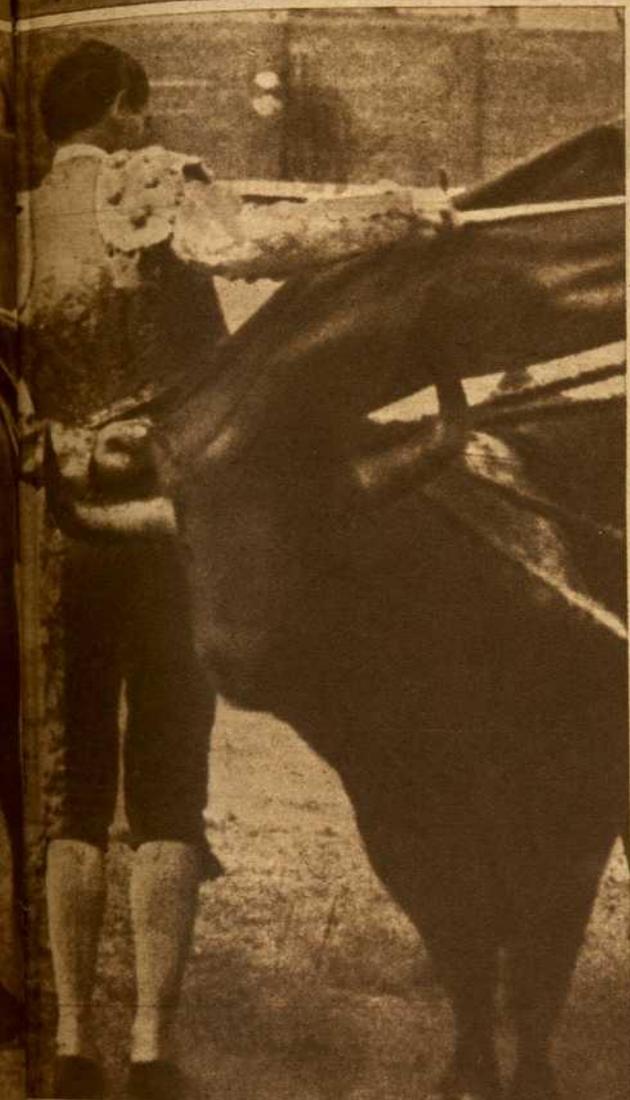
NO nos hemos divertido con la primera corrida de toros de la temporada. El lote que nos envió el señor González del Camino cumplió con las plazas mantadas con apuro, pero fué pésimo con los de a pie, alguno por sosería de toro cebón, y tan sólo el tercero dignamente aprovechado por El Andaluz; pero novillo, más que toro de festejo serio, se dejó torear y fué bravo, noble y suave. Sigue, pues, el ganadero de Utrera sin convencernos con el producto de su dehesa, pues lo de hoy tiró ya francamente a malo por dispar en presentación y en bravura.

Pepete Bienvenida reapareció con escasa fortuna ante un público que siempre tuvo en alta estima sus dotes de matador completo y muy hecho. Fué, sin duda alguna, el que peor quedó de la terna, y si quitamos tal cual lance a su primero y los tres buenos pares que le colocó, su actuación en el resto fué mediocre y decepcionante. Sin pena ni gloria fuése a la barrera en su primero, y en estruendosos pitos en su segundo, al cual no quiso ver ni en pintura.

Pepete queda en deuda con la afición catalana y debe intentar el desquite, pues es matador de recursos para hacer mucho más de lo que hizo.

Cañitas ha vuelto a nuestro ruedo tan valiente, tan temerario y tan macho como se despidió en Las Arenas en el cerrojo de la temporada anterior. No es el azteca torero de exquisitices y firmuras, pero siempre da la nota de emoción que se hace con el pequeño núcleo de contumaces enemigos que le han surgido en el tendido convencional.

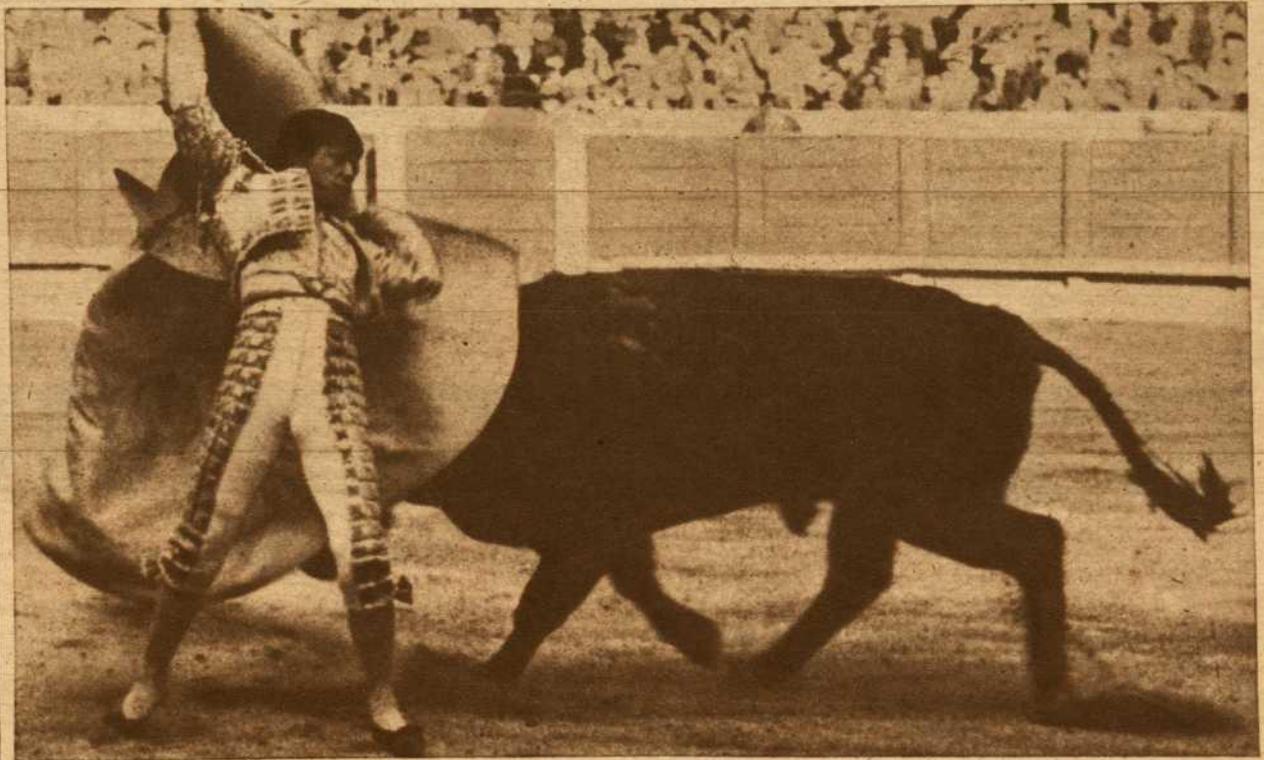
# Seis toros de GONZALEZ DEL CAMINO para PEPE BIENVENIDA, CAÑITAS Y ANDALUZ



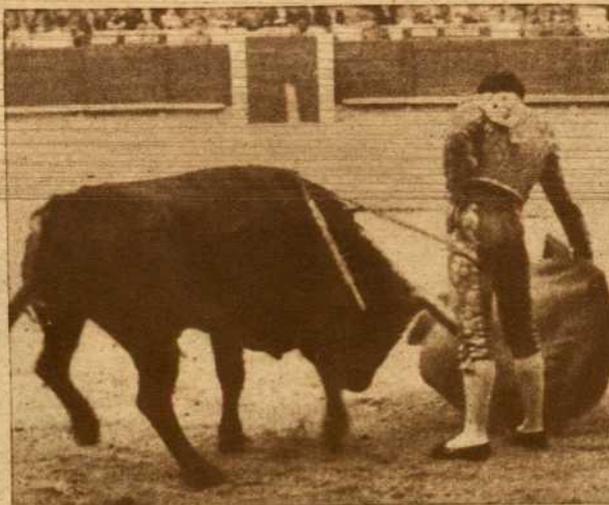
Manuel Alvarez, el Andaluz, en una ceñida manoletina



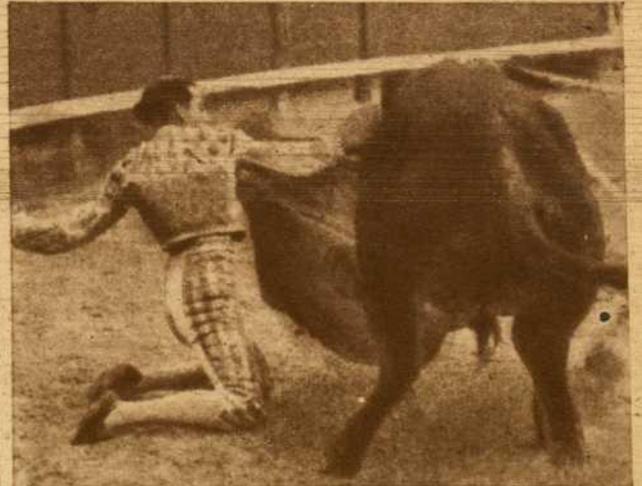
Un despiante de El Andaluz durante la faena a su primer toro, en el que tuvo una lucida actuación



El mejicano Cañitas, que se mostró muy valiente, foreando por faroles a su primer toro. (Fots. Valls.)



Un templado muletazo con la derecha de El Andaluz



Cañitas inicia la faena a su primero con un pase de rodillas

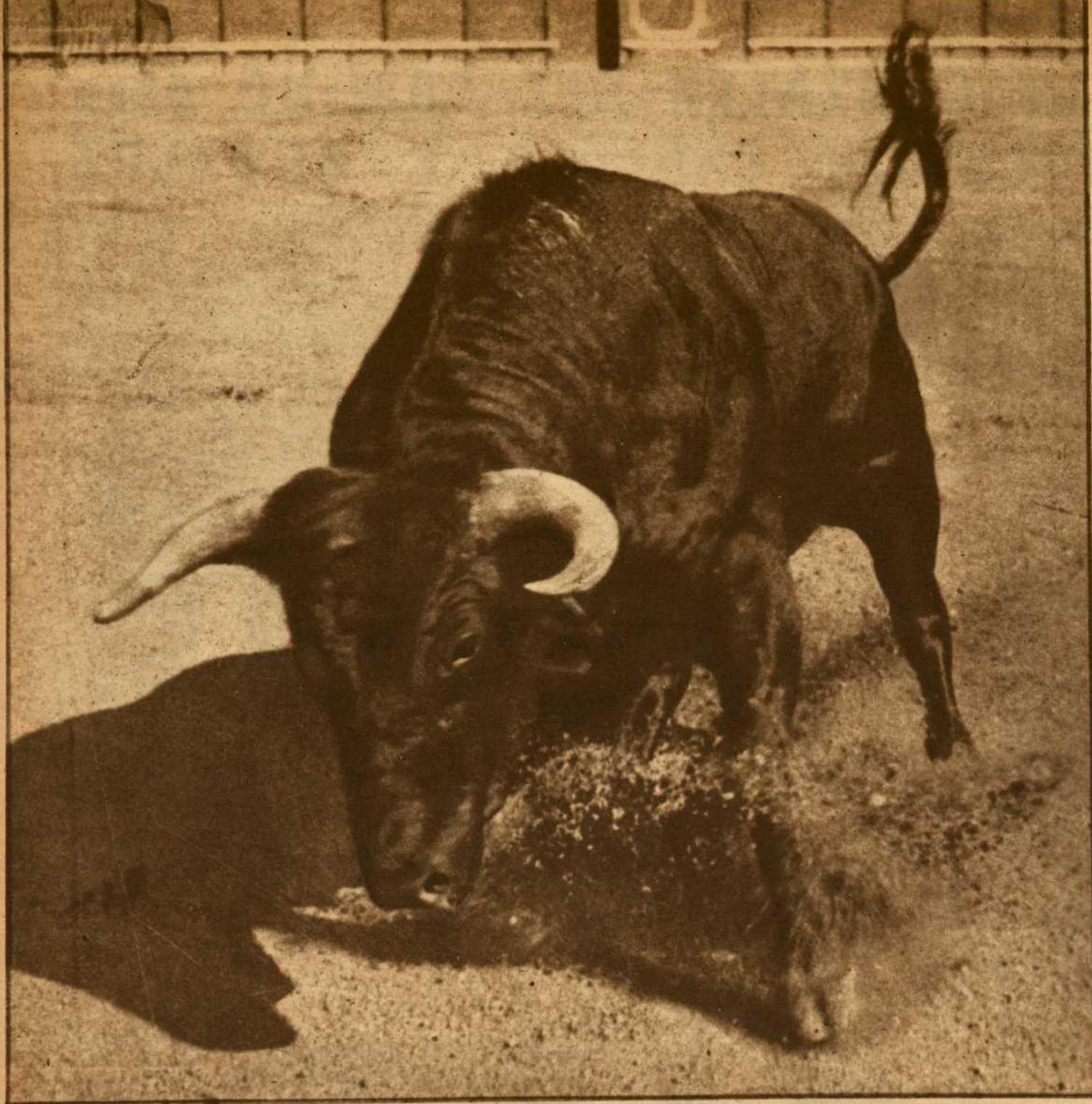
dolos por las buenas. Unas cosas le salen bien y cuando no..., ¡se cueiga de los pitones!

Lo peor que había en los corrales le tocó al mejicano y salió de la Plaza en hombros, mejorando su cartel. A su primero, un marrajo ilidiable, lo pareó muy bien y se lo quitó con gran decoro. Y a su segundo, reserván y difícil, lo dejó ya muerto en manos de Bienvenida cuando se fué para la enfermería con un varetazo en la fosa ilíaca y una fuerte contusión en el vientre. Cañitas continúa, pues, en plan de torero valiente que se come lo malo y espera lucirse con las «peritas en dulce» que toren «los buenos».

Fué El Andaluz el gran triunfador de la tarde, y para ello le bastó un solo toro. Su primero, el mejor de los seis, porque es imposible torear a la verónica con más temple y correr la mano en los naturales con la zurda y pegarse a los costillares en unas manoleínas que duraron una eternidad, como lo hizo Manolo en su primero. Mató superiormente, ganó la oreja y no se la concedieron, provocando así la primera disparidad de la temporada entre la presidencia y los espectadores, disparidad que fué de estruendo.

Plástico de derecho de agrodar, El Andaluz intentó banderillar a su primero, y como no tuviera suerte, desistió, pero se le agradeció el gesto de intentar algo que no es lo suyo. En el que cerró plaza nada podía hacer y limitose a ser breve para escuchar aplausos por el decoro con que lo despachó.

Cañitas y el Andaluz quedan en el candelero. Pequeño nos debe una reparación. Ese es el saldo total de la primera de la temporada y de la Monumental.



palomas, conejos o cocodrilos, tenderá —digo yo— a lucrarse mejorando sus bichos o bicharracos, sin que gastemos mi tiempo y tu paciencia en desmenuzar técnicas y procedimientos que no hacen al caso.

¿A qué debe tender el ganadero de reses bravas? Muy fácil de contestar se nos antoja lo que el marbete de su profesión canta tan claro: ¡A que sean bravas! ¡A que sean bravas!! ¡¡A que sean bravas!!!...

¡Basta!  
¡Ni basta ni sobra! Machaco, porque si lee aprisa no confunda *bravas* con *brevas*. ¿Estamos?

Y para que no le remachen a usted en la cabeza las cabildeadas tonterías que ya han logrado meterle, consideremos unos minutos lo que es bravura sin deformaciones ópticas o especulativas.

Dice el Diccionario de la Academia: «Bravo, a; adj. Bravío». Y en esta primera acepción: «Bravío, a; adj. Salvaje, indómito. — Silvestre. — Inculto, rústico». Y «Braveza. Ferocidad». Todo conviene al toro hispánico, sin dejarnos en el tintero ni una sola de las acepciones consignadas. Y rehuyéndolas, los ganaderos que deberían ser de reses bravas, prudentes y correctos, cambiaron el nombre genérico que caracterizaba su profesión por otro más específico: «Criadores de toros de lidia». Que si antes parecía la misma cosa, lo son bien distinta en la actualidad y a la Academia toca rectificarlo, para que si los aficionados lo confunden, la literatura, si quiera, sepa que al actual toro de lidia no le van los adjetivos que caracterizan al bravo.

No es *salvaje*, por sociable y manoseado.  
No es *indómito*, por su régimen de disciplinada economía agropecuaria.

No es *inculto*, porque desde que lo destetan le enseñan a leer en el «Juanito» de los toros, donde todo es pastueña urbanidad y suaves maneras.

No es *rústico*, porque los predios en que se desenvuelve su animalidad más parecen huertas y vergelitos que eriales a pasto y leguas por lindes.

No es *feroz*, porque la apretada convivencia con congéneres, ganado de labor, maquinaria agrícola y aves de corral, le cercenó los instintos.

¿Qué es entonces el toro de lidia? Pues... el último y menos necesario de los componentes de un espectáculo carísimo y color de malva.

ponentes de un espectáculo carísimo y color de malva.

# EL TORO DE LIDIA

Por JOSE CARLOS DE LUNA

LA buena marcha de las ganaderías, cualquiera que sea la elase de ganado que la integre, aconseja atender a mejorar las características de sus productos en beneficio de la raza. Y por la escrupulosidad, precisamente, se deriva muchas veces por sendas más o menos previstas, pero que pueden dar al traste con lo que el ganadero se propuso, si es que la buena fe presidió sus decisiones. Y si esta obligación de mejorar tiene como justísimo premio el acrecentamiento de los ingresos, porque lo bueno vale más que lo mediano, es lógico que todo el que cría ganado se afane en mejorarlo, atento a los dos factores que lo determinan: las cruas y la recría.

Si todos los ganados no tuvieran otro fin que el aprovechamiento industrial, podrían generalizarse las reglas a que el buen ganadero debe atenerse; pero *afortunadamente* no es así.

Al que cría cerdos, poco o nada pueden interesarle las apariencias, si en la romana cantan las libras el triunfo de sus desvelos.

Al que cría ovejas le interesa la carne y la lana, y a los ingresos del matadero y de la esquila debe mirar con parejo interés de buena economía pecuaria.

El ganado caballar supone cuidados de más envergadura; porque si la misión del solípedo es rendir trabajo muscular, muy distintos son los que el hombre le demanda y muy en cuenta

tiene su aspecto externo. De aquí que el buen ganadero de caballos procure que en los de su hierro se añen fuerza, belleza y ligereza, con la gracia que dice la copla:

*Tengo un caballo tordillo,  
bonito como una onza,  
ligero como una corza  
y firme como un castillo.*

Pues más de una ganadería de caballos se vino a tierra y arruinó a muchas otras por industrializarse desmedidamente buscando el mercado para una sola de las características, sin tener en cuenta que medraba a costa de las compañeras. ¡Tente, pluma, que se me va por tus puntos el nombre quizá de la más famosa que garbeó en España y pastaba en las márgenes del Guadalete, el último cuarto del pasado siglo y el primero de éste que nos corre las espuelas!

El apicultor aspira a que sus colmenas den mucha y buena miel; el avicultor procura razas ponedoras, y el que cría





Manolete inicia la preparación para vestir su primer traje de luces de la temporada



Frente al espejo, y ayudado por su mozo de estoques, se coloca el cuello de la camisa



El arreglo de la castañeta es una "operación" no tan sencilla como parece

# El primer traje de luces que MANOLETE se ha puesto esta temporada

# El sábado, en Valencia, en la corrida inaugural de las fallas

(Interesante reportaje gráfico de Vidal)



Camará — su apoderado — es quien por costumbre de tiempo le aprieta "los machos"



Colocado el calzón, Manolete se dispone a liarse la faja, como luego se liará los toros



Silencio en el cuarto del hotel, Manolete reza ante las imágenes de su devoción



Otros detalles de la vestimenta del diestro cordobés. Falta poco para salir al ruedo

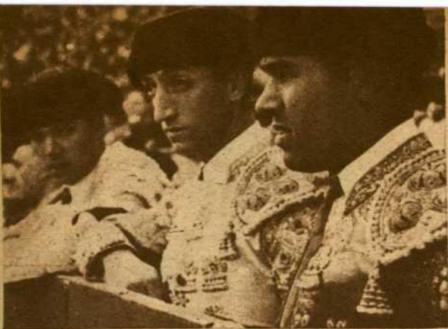
Calzón, chaleco, todo está ya puesto; sólo falta la chaquetilla para estar listo

Sol y bullicio de fiesta. Dentro de unos segundos, el presidente sacará el pañuelo blanco

Música de pasodoble. El maestro de Córdoba sale al ruedo entre ovaciones

"Brindo por usía." Manolete inicia su primer saludo a la presidencia





El Choni, Manolete y Andaluz, que actuaron en la primera de Fallas, en la barrera, al empezar la corrida



Los tres espadas, en el callejón, esperando hacer el paseo. Manolete, El Choni y Fermín Rivera



Va a iniciarse el desfile de las cuadrillas. Manolete, Andaluz y El Estudiante



Simão da Veiga clavando un par de rejones. El caballista portugués en el desfile de las cuadrillas



Manolete, en la primera corrida de Fallas, matando un quite en su primero



Andaluz, en el primer toro que lidió de las corridas de San José, en un pase con la derecha



El Choni, en un pase ayudado, en la primera corrida



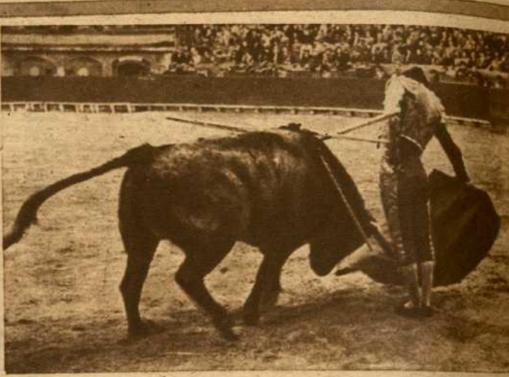
El mejicano Fermín Rivera, en la faena de la primera corrida, en un pase por alto



# CARTEL DE VALENCIA

## Las corridas de las Fallas de VALENCIA

### EL ESTUDIANTE, MANOLETE, ANDALUZ, FERMIN RIVERA, EL CHONI Y SIMAO DA VEIGA



El Estudiante, en un pase en redondo con la derecha, durante la tercera corrida



Manolete, en el primero de la tercera corrida, iniciando el pase natural

Las ya tradicionales y clásicas corridas «fallas» inician en España la verdadera temporada taurina. En la primera corrida, la del sábado día 17 del actual, los toros de Albaserrada no tuvieron buen castigo e incluso se puede decir que fueron de contra estilo para el torero de la actualidad. Simão da Veiga obtuvo un gran éxito con grandes y clamorosas ovaciones. Manolete, sin llegar a ese absoluto y total dominio del sistema sevillano que también se desentrena, cortó una oreja y escuchó ovaciones. Andaluz, el torero que tora en Valencia como si pudiera hacer en su propia casa (tanto se le quiere y tanto se le admira), como siempre que actúa en la ciudad levantina, le hizo con valor y gracia de aumentar su cartel. El Choni, al que se le espera, porque se sabe que es torero, se mostró valiente y tanto expuso que el último toro le propinó un golpe espontáneo, golpe que ni amilónó ni asustó al diestro.

Los toros de la segunda corrida llegaron a Valencia desde los prados sevillanos de doña Carmen de Federico, y de esos seis toros el primero fué bravo, suave y dócil, y también pudo ser un buen toro el último, pero un reserva lo estropeó al darle un puyazo en el brazuelo izquierdo. Fermín Rivera, embelante hasta la exageración por triunfar, se salió con la suya, y la suya fuere los cortes de orejas, las ovaciones que le prodigaron y ese ininterumpido comentario y runrún que ha quedado coherente de su opoteística tarde.

A Manolete le trataron duro, por la sencilla razón de que Manolete no pudo llevar a efecto esos faenos que siempre se esperan de él y que siempre está obligado a hacer. El cordobés no pudo dar más que unos mulatazos de los suyos, mulatazos que se le aplaudieron, pero no tanto como se ha hecho otras veces. Jaime Marco, El Choni, cuando más de ciego estaba a dar su tarde, le desgracia de ese payaso al sexto toro le cubrió al alán, y cuando el joven diestro se arrojó mucho y se dejó tirar grandes cornadas, sólo pudo mostrarse valiente, cuando lo que él quería era triunfar como torero.

La tercera corrida ha sido una de esas festejos taurinos que quedan bien grabados en la memoria de los miles de personas que lo presenciaron.



El Andaluz en un pase con la izquierda por alto a su segundo bicho de la tercera corrida.—Abajo: El Andaluz brinda uno de sus toros a los compañeros Manolete y El Estudiante



Los toros, de la raza de Concha y Sierra, bien presentados, y que dieron en total un promedio de 25 arrobas de peso, que se prestaron al lucimiento. Y este lucimiento hizo su aparición con luz vivísima y casi cegadora de toda la corrida. A Manolete, que se le venía discutiendo y que se empezaba a no creer en él, sin tener en cuenta el poco o casi nulo género que le había correspondido en los anteriores festejos, en esta tercera corrida rayó a esa altura firmemente taurina, reservada única y exclusivamente a las estéticas por la diestra de la fiesta nacional. Sus dos faenas de mulatazos fuere grandiosas. Y entre camaticos y oles deseará a sus dos toros. Y ya también al cordobés en el mismo sitio de siempre, el más adelantado, más allá del lugar reservado a él en la actual torería, y su éxito ha sido el más grande y más considerable, porque el segundo toro pesó 327 kilos, o sea 28 arrobas, lo que boca bien pronto que cuando el toro es bueno no hacen falta en el ánimo de Manolete ni el tamaño ni las arrobas.

El Estudiante toma parte en una sola corrida, y como es torero luchador y valiente, le bastó para cortar una oreja. Luis Gómez, siempre en celo taurino y siempre deseando el éxito grande y opoteístico, lo logró pleno y rotundo entre grandes ovaciones, con las que se premiaron los honores de copa y sus mulatazos platinados de arte y de ese valor tan característico y tan decisivo en el haber de El Estudiante.

El tercero de toros fué el Andaluz, torero sevillano, que por tiene carta de naturaleza en la ciudad de los Torres, en cuya Plaza de Toros ha obtenido éxitos tan grandes como el logrado en esta corrida que nos ocupa. Corrida en la que también, como sus compañeros, cortó oreja y escuchó ovaciones y estentó, roc, oles. Andaluz, torero que sabe manejar el capote y mulata con arte y delicadeza, se puso a ese tono brillante de las fiestas grandes, y como la tercera corrida, lo fué por todos estilos, el de Sevilla adquirió también en toda la línea. En resumen: de estas tres corridas se puede hablar brevemente, diciendo que los valencianos, en el aperitivo de su temporada taurina, pueden tener esperanzas de lo que será la próxima feria de julio. Esa feria en la que se bate el récord de número de corridas que se celebran seguidas y con entusiasmo y creciente curiosidad.



Rivera, que participó en la segunda corrida, torcando de frente por detrás



El diestro cordobés, en un pase con la derecha, en la segunda de Fallas



Manolete dando el ayudado de pecho, iniciando así la faena a su segundo toro



El diestro valenciano, que tomó parte en la segunda corrida, en un mulatazo por alto



Manolete, al acabar la faena, se seca el sudor, por el esfuerzo realizado con su segundo bicho



El Estudiante esperando salga el toro que le corresponde lidiar. Detrás, su apoderado



El Choni es asistido por su mozo de estoques, después de la cogida que sufrió en la segunda corrida



Pepe Nieto, actor del cine español, en el tendido, presenciando las corridas de Fallas.—En la foto inferior: Celia Gámez, acompañada de su esposo, en la Plaza valenciana



(Información gráfica especial para EL RUEDÓ, por Vidal)

## TEMAS TAURINOS

# NO ES UN TORERO, Y SIN EMBARGO...

Por FELIPE SASSONE

**L**ECTOR: esa figurilla armoniosa y erguida que ves en el grabado tirando del cornúpeto, no con un *derechazo violento*, sino en un lento pase natural con la derecha, no es la figura de un torero. Pero es la figura torerísima de una señorita torera, que se llama Conchita Cintrón y está en el vecino y fraterno Portugal aguardando la hora de entrar en España, que ella considera el paraíso de sus tauromáquicos sueños.

Yo he visto torear a pie y a caballo a la señorita Cintrón. Fué cuando apenas empezaba a adiestrarse, bajo la dirección de aquel cumplido caballero y gran rejoneador portugués que es hoy un excelente aficionado a nuestra fiesta y se llama Ruy da Cámara. En la Plaza de Acho, de mi ciudad de Lima, veló sus primeras armas Conchita Cintrón, toreando a caballo con éxito asombroso, y cuando empezaba a hacer sus prácticas para torear a pie, tuve junto a ella un fortuito accidente tauromáquico, peligrosísimo y sin consecuencias, que ahora me place recordar. Un grupo de aficionados limeños, que Ruy da Cámara capitaneaba, tenían en una gran huerta de los alrededores de Lima una Placita para enseñanza y prueba, y allá nos fuimos un día a un almuerzo campestre que habría de acabar en encerrona. Cerca de la Placita, en el huerto jardín, a la sombra de una parra, se había aparejado una larga mesa para cien invitados. Algunas damas aristocráticas, buenas amas de su casa y maestras en el arte culinario criollo, guisaban en hornillas rústicas algunos platos del país, y en diversos grupos, en torno a la mesa, se tomaba el aperitivo, mientras un poco apartado, junto a un invernadero del jardín que cercaba una alambrada, explicábale yo prácticamente a Conchita Cintrón la manera de ejecutar una larga cambiada por bajo. Cuando más entretenidos estábamos en la lección sin toro, oímos unos alaridos y vimos de pronto que de los corrales mal cerrados habían salido hacia el huerto en tropel las vacas y los toros grandes y chicos

que se habían traído para la fiesta, y el caso fué que mientras toda la selva de cuernos tiró huyendo hacia la Plaza, un *buen mozo* cuatreño y colorado, bien puesto de pitones, se encampanó un momento y arrancó hacia la mesa del aperitivo. Gritaban las señoras, y el señor ministro de Hacienda del Perú, don Manuel Ugarteche, que era un caballero amable, inteligentísimo y jovial, a pesar de sus sesenta años largos, y por su corpulencia no era ya muy ágil, levantó los dos brazos, inmóvil por el susto, aguardando la acometida de la res. Esta pasaba muy cerca de nosotros, y como yo tenía en la mano izquierda, asido por una punta, el capote de brega con que explicaba a Conchita Cintrón el lance, me vi obligado a avisar al toro para hacer el quite, porque me interesaba defender a todas las señoras, entre las cuales se encontraba la mía, y, ni qué decir, al señor Ugarteche, ministro de Hacienda nada menos, que tenía a la firma un libramiento para mí del cual dependía mi vuelta a España. Acudí el toro a mi capote y tomó la larga que yo le daba; pero se revolvió cuando yo me metía por los terrenos de dentro, donde no había valla, sino la alambrada, en la cual me enredé y me quedé prendido como en una zarza. Me tiró el bicho cincuenta derrotes, y aunque no me dió cornada alguna, salí del trance semi-desnudo, con la ropa hecha unos zorros, mientras Conchita Cintrón se llevaba al toro con su sombrero y lo mandaba, mediante un quiebro, a reunirse, huyendo del griterío, con todos sus compañeros, que campo afuera obedecían allos látigos, las hondas y las garrochas de los vaqueros.

Aquello fué a fines del año de 1938. Podría tener Conchita Cintrón, a lo sumo, catorce abríles. Abríles digo, porque abríles serán todavía los años que sobre ella han pasado y pasarán hasta que llegue su otoño.

Conchita Cintrón es hija de un portorriqueño y de una irlandesa hija de norteamericanos, y es ciudadana peruana. Tiene de ámbar caliente los cabellos; claros y dulces los ojos marineros:

es alta, delgada, mimbrefía, y si a caballo evoca la leyenda de las antiguas amazonas que a Grecia llegaron del Cáucaso, y si a pie semeja el anacronismo de Diana cazadora ataviada con un traje campero andaluz, en la calle, con su veste femenina y su aire de ninfa moderna, parece pedir para su retrato el pincel luminoso y fino de Sargent.

Cuando yo la vi torear ya magistralmente a caballo y a pie y era muy alegre, decidida y serena. Yo me pregunto: ¿se le cumplirá el sueño de venir a España y la veremos torear en la Plaza de Madrid? Algún aficionado al leer esto puede que tuerza el gesto, recordando la triste experiencia brutal y tosca de cuantas toreras en España han sido. Pero yo le digo que pasaron los tiempos heroicos que fueron de Juan León a Salvador el Negro. El toreo se ha afinado de tal suerte, piegándose a sus indudables calidades de danza armoniosa, que todo él se ha vuelto por su delicadeza un poquito femenino. Se me dirá que, en nombre de la plasticidad estatuaría, un buen torero no es nunca ridículo porque ponga gracia de danza en sus actitudes, y que una mujer suele serlo siempre por la exuberancia de sus formas cuando es una mujer de verdad, y yo le diré que tiene razón. Pero Conchita Cintrón es un caso excepcional: es como el «Efebo que fuese una niña», de que habla con gracia lírica un alado dodecasílabo de Rubén Darío. Conchita Cintrón está llena de gracia cuando torea. Además no viste de luces, y no es aquella mujer de los cabellos largos, las ideas cortas y las caderas anchas, que odiaba Schopenhauer, el burlón disfrazado de hombre grave. Conchita Cintrón es ágil como la cuerda y el arco de una ballesta y derecha y vibrante como una saeta.

—¿A usted no le da pena —pudiera preguntarme un lector— ver torear a una mujer? Y yo le contestaré: «Ver a Conchita Cintrón, no. Me da pena ver a las mujeres fregar los suelos, eso sí. Pero creo firmemente que pueden ser toreros y académicos. ¿Por qué no?»



# ANTONIO QUINTERO

no vacilaría en cambiar sus éxitos de autor por los del torero que soñó ser

La época más brillante fué la de Joselito y Belmonte



**A**NTONIO Quintero se ha ganado a pulso, es decir, con el mérito de sus obras, muchas de ellas centenarias, un puesto de privilegio entre nuestros autores. Ya es un lejano los días de luna, y la vida sonríe a este hombre joven, que nacio nace antes a la fama y a la fortuna. Las compañías se disputan sus obras, los públicos le aplauden, sus liquidaciones son... reconfortantes; ¿qué le falta para estar satisfecho de la vida? Pues..., lo que le falta a casi todo el mundo: su deseo no logrado, la ambición que no llegó a realizar. Esa ambición en el autor de «Sol y sombra» fué la de ser torero.

—Fué, y aun sueño con ella a veces, aunque sea ya un sueño imposible. Hasta tal punto, que si me pudiera cambiar ahora mismo mi profesión, de la que no me puedo

quejar, por la de torero, no vacilaría ni un segundo. La afición a los toros prendió muy pronto en mí, y de mis primeros tiempos de espectador, cuando era un chico todavía, se me han quedado fijadas dos o tres cosas, que, a pesar del tiempo transcurrido, es como si las estuviera viendo ahora.

—Vamos a comprobarlo.

—Una de ellas fué en la Plaza de Madrid. Corrida de la Prensa. Y Antonio Fuentes en el ruedo, vestido de verde y oro. Yo no le había visto hasta esa tarde, y tanto con el capote como con las banderillas me dejó ya para siempre la impresión de su elegancia insuperable, sin contorsiones y sin arrebatos, con un dominio total, reposado, tranquilo; la cabeza descubierta, porque casi siempre, después de hacer el paseo, dejaba la montera. Antonio Fuentes daba ante el peligro la sensación de que estaba jugando... Otro día me llevó un tío mío a la Plaza. Toros de Vicente Pastor. Yo había ido varias veces a la fiesta, pero sin tener ocasión de presenciar la muerte de un toro de una esocada. Se lo dije a mi tío en el instante en que precisamente el corrupeba juntaba las manos y Pastor se perfilaba para la suerje suprema. Mi tío me dijo: «Pues ahora lo vas a ver.» Y lo vi, en efecto. El diestro se arrojó por derecho, metió el estoque entre las púndolas y el toro cayó práns arriba fulminado por el acero del matador... Estos y otros momentos, que quedaron fijos en mi memoria, fueron quizá los que me hicieron concebir la ilusión de ser torero e... imitarlo por las plazas próximas a Madrid, por la escuela del Bonifa, por los capeas... Desde los doce a los quince años, todos los domingos y días de fiesta me revolocaban los becerros.

—Y no llegó usted a cuajar?

—No. El oficio y arte de torero es el más difícil, y tan lo creo así, que me opeña la actitud agresiva de los públicos, hasta el punto de que voy a escribir sobre esto un artículo para EL RUEDO que pienso titular «Respeto, señores».

—Va usted a meterse con el «respetable»?

—Voy a pedir respeto y consideración para los hombres que se entregan a un juego de vida o

muerte. En los tendidos pasa una cosa muy curiosa. Cada espectador, desde su localidad, se cree, y yo también, ¡no se vaya usted a creer!, un sabio. Pero yo estimo que el más torpe de los toreros sabe más que todos los espectadores juntos. ¿Me comprende?

—Perfocamente. Aun añadiría que el hecho de ponerse delante de un toro ya merece para el diestro, aunque luego resulte no ser diestro, ese respeto que usted quiere peair...

—Eso es. ¡Son tantas ilusiones, es tanto lo que se juega el torero más modesto! Para saber eso hay que haberlo vivido, haber sentido las ansias de triunfo y haber sentido también ese miedo que dan los toros. Mere usted, Carlos Rivera, que se ha criado conmigo, tenía mis mismas ambiciones. Un día toreábamos en la placilla de las Ventas y nos cogió a los dos. Los dos queríamos ser toreros, y nuestro deseo mayor, para cuando fuéramos figuras, era toroar la corrida de Beneficencia. Los años pasaron y estrenamos «Juan Puerto». Esa noche, después de salir a saludar de la mano de Manuel González, le dije a Rivera: «Ya que no pudimos toroar la corrida de Beneficencia, nos conformaremos con esto, que también es bonito...» Y es bonito, desde luego, ¡pero si hubiéramos toroado la corrida de Beneficencia!...

—Por supuesto, su ilusión y su afición taurina se refleja frecuentemente en su producción de autor.

—Ya lo creo. Muchas de mis obras, «Sol y sombra», «Juan Puerto», «Como tú, ninguna», «Pepe Oro»... Todas ellas tienen un eco taurino cuando no un protagonista torero. Y si no ambiente todas mis obras en lo taurino, no es por falta de deseos, sino por temor a caer en la monotonía.

—¿Qué época del torero, de las que usted ha conocido, es la, la...?

—La definitiva, la barrera que separa lo de antes y lo de después, es, para mí, la de Joselito y Belmonte. Con José y Juan creo yo que alcancé mi criterio y mi juicio desapasionado. El público de toros es el que posee menos memoria, y en atención a ello hay que disculparle que quiera poner figuras por encima de estos dos colosos. José y Juan trajeron la fórmula de un estilo, con un dominio y un valor absolutos, sin trampas ni alivios. Tenían que hacer la faena cumbre o colgarse de los pitones, y si no ocurría así, la hostilidad de los espectadores se manifestaba de un modo tremendo. Tan tremendo, que estoy seguro de que no faltarán hoy espectadores madrileños de entonces, que sientan remordimientos por lo que se le hizo y se le dijo a Joselito dos o tres días antes de la tragedia de Talavera.

—Y usted era partidario de Belmonte o de José?

—De José y de Belmonte. Fran dos artistas que se miraron con tal atención, que se tomaron el uno al otro todo aquello que podía redondear su propia personalidad. Por ejemplo: Joselito, en sus principios, cargaba la suerte, adelantando la pierna y recordando un poco a Bombita. Pues bien: cuando vió a Juan, juntó los pies y toreó tan arquido, tan quieto y tan cerca como Belmonte. En cuanto a éste, que tenía fama de repentizador, de iluminado, de poseso, yo le vi dar una lección de torero clásico en una corrida del Montepío. Fué algo inenarrable. En el quinto toro, Joselito estuvo inmenso, cortó la oreja y el público le gritaba a Juan que se fuera, porque después de aquello que acababam de



ver, creían que no se podía ir más allá. Bueno, pues imagínese que no nació el de Triana en el sexo, que maravillas no surgirían de su muleta, que la gente salió de la plaza sin acordarse de lo que había hecho

José. Y añada usted que entonces, aparte de que se lidiaba, los toros tenían de treinta arrobas para arriba. Yo vi la alternativa de Belmonte, en la que, por las proesas del público ante el tamaño de unas reses que hoy causarían asombro, salieron por los toriles hasta once fieras. Si sinceramente le digo que tengo los tiempos de Joselito y Belmonte por los más brillantes del toreo...

—Sin embargo, no ha faltado quien diga que Joselito era soso...

—Sí, ya lo sé. Fué mi buen amigo y genial poeta José Carlos de Luna. No quisiera contradecirle, porque le aprecio y le admiro...

—Es que dijo que Bombita...

—Bombita daba la sensación de que luchaba con los toros, de que realizaba un penoso esfuerzo. En Joselito, la sensación era de que jugaba, con aquella su gracia, su elasticidad, su agilidad. No se le caía la sonrisa de la cara, y para llegar al dominio de maestro a que llegó, en una fiesta en que la gracia es elemento tan esencial, no tenía que ser sino a fuerza de estar bien dotado de gracia, de su gracia gitana y al mismo tiempo señorial, de su gracia mandona, de su facilidad absoluta. Bombita luchaba y vencía. José vencía sin luchar.

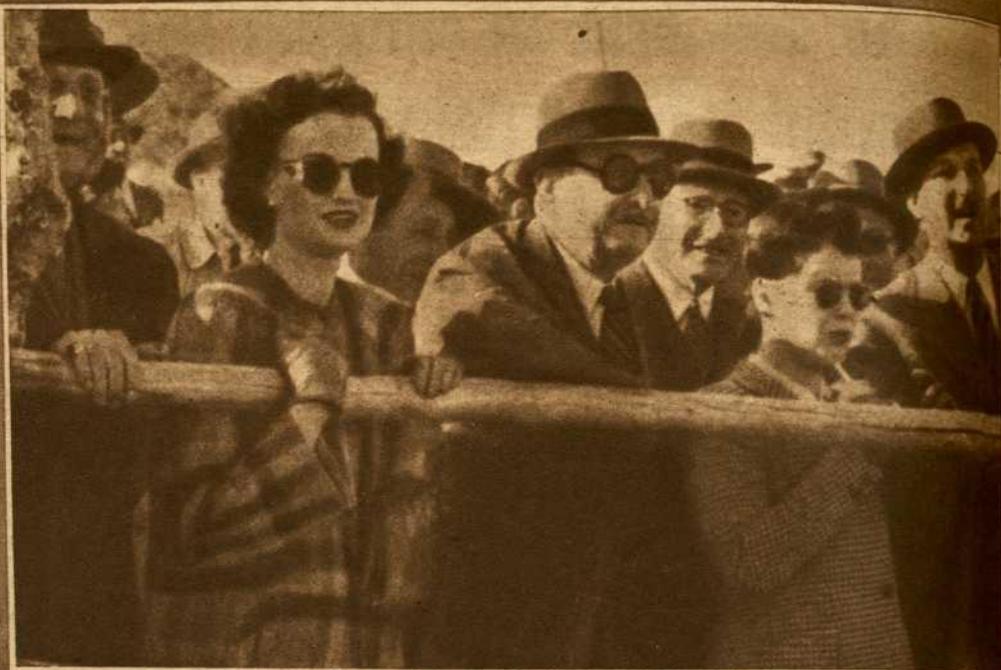
—¿Vamos a los tiempos de hoy?

—¿Por qué no? En la actualidad, Manolete me parece indiscutible, aunque corto de repertorio. En lo que hace es, sencillamente, insuperable. Admiro a Domingo Ortega, lidiador completo, a quien hay que reconocer su inteligencia para conocer al enemigo y su suavidad para el lance. En el exponente de valor de Arruza veo una gran incógnita. ¿Adónde puede llegar este mejicano? Quizá esta temporada podamos saberlo... Lo que sí hay ahora es muchos estilistas, que torear graciosamente, como Pepe Luis, que todo él es alegría, movilidad, luz sevillana. Como Calli'o. Párrafo aparte para la costura admirable de los Bienvenida. La desdoblación de Manolito nos privó de una figura que hoy estaría en la cumbre...

# Fiesta en Caño-Navarro en honor del ministro de Asuntos Exteriores y de los representantes diplomáticos de Portugal y de las Repúblicas hispanoamericanas



Luis Fuentes Bejarano, Rafael Gómez, el Gallo, y Alvaro Domecq, en un descanso en el festival celebrado en Caño-Navarro en honor del Ministro de Asuntos Exteriores y de los diplomáticos americanos



El señor Lequerica presenciando las faenas de acoso que se celebraron en la finca de Caño-Navarro



Los príncipes doña Esperanza de Orleans y don Pedro de Braganza, que tomaron parte de cerca en las faenas de acoso



Rafael Gómez, echando mano de su repajolera gracia, lidió un becerro. En la foto aparece dando un capotazo para fijar al bicho



Rafael el Gallo esperando la salida de su becerro

**C**OINCIDIENDO con la estancia en Sevilla del ministro de Asuntos Exteriores, señor Lequerica, y de los diplomáticos americanos, se ha celebrado, en el cortijo de Caño-Navarro, al borde de la marisma del Guadaluquivir, una fiesta campera con acoso y derribo de reses, de la ganadería de don Salvador Guardiola, propietario también del cortijo mencionado. Asistieron con el señor Lequerica los embajadores de Portugal, Brasil y Perú, y los ministros y encargados de Negocios de casi todas las Repúblicas americanas. Asimismo se hallaban presentes las autoridades sevillanas y gran número de ganaderos, toreros, etc.

En primer lugar se realizó, ante las ilustres personalidades invitadas, unas faenas de tienta con acoso y derribo de reses bravas. Actuaron, entre otros ganaderos, los señores Murube (don Joaquín), Ramos Paúl, Medina Villalonga y un hijo del ganadero señor Guardiola, que se mostró, pese a su juventud, consumado jinete. Tanto el señor Lequerica como los representantes diplomáticos americanos, siguieron con gran interés.

# Tienta y derribo de reses bravas de la ganadería de don Salvador Guardiola y lidia, a cargo de Alvaro Domecq, Rafael el Gallo, Luis Fuentes Bejarano y Juanito Doblado



El Gallo, con un grupo de amigos, presencia las faenas de acosa



Carnicerito de Málaga, Juanito Doblado, Domecq, Fuentes Bejarano, Raimunda Blanco y Rafael el Gallo, antes de comenzar el festival

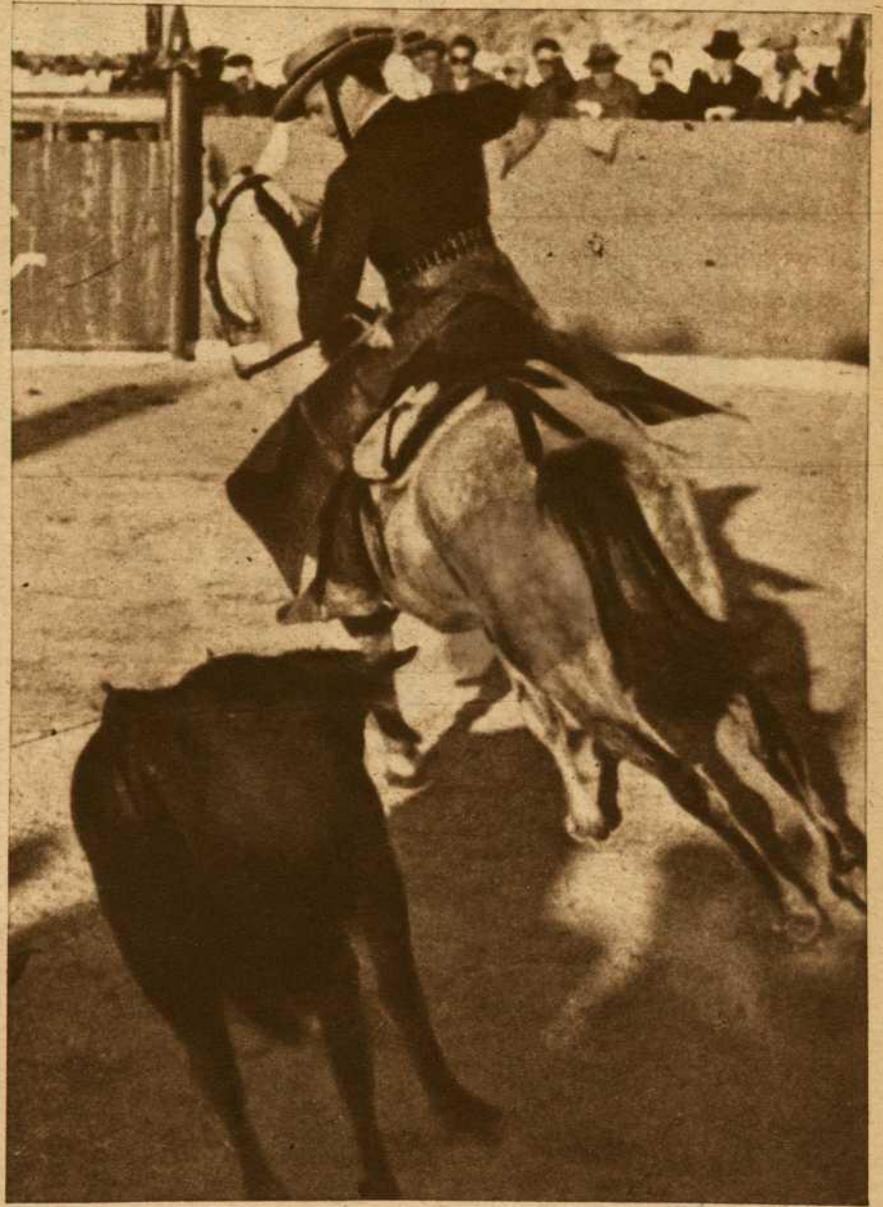
terés la faena de tienta, pasando después a la placita de toros del cortijo, que se había adornado con gran profusión de banderas y gallardetes. Sobre el albero —porque el redondel fué preparado con todos los honores— actuaron Rafael el Gallo, Luis Fuentes Bejarano, Alvaro Domecq y Juanito Doblado. Las cuatro becerras corridas dieron excelente juego. El Gallo, entre otras cosas, dió una larga afarolada, como en sus buenos tiempos, y mereció, como es de suponer, los aplausos de los invitados. Luis Fuentes Bejarano y Juanito Doblado fueron, en realidad, los que más trabajo tuvieron. Ambos se hicieron aplaudir en varias ocasiones. Alvaro Domecq realizó a caballo varios simulacros de rejoneo, jugando con las becerras con gran habilidad. Fué asimismo aplaudidísimo y felicitado. La fiesta, que resultó en extremo agradable, tuvo como colofón una merienda servida con la esplendidez de la tierra y regada con vinos de Jerez. Un poco de cante flamenco, a cargo de sobresalientes ases, cerró la jornada.

F. N. G.

(Fotos Luis Arenas.)



Rafael el Gallo en la faena de muleta a su becerro



Alvaro Domecq, que tomó parte en el festival como rejoneador, juguetea con un becerro para colocarle un rejón



Luis Fuentes Bejarano en una verónica al becerro que le correspondió en el festival celebrado en Caño-Navarro.

# HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



Concurso  
taurino

¿En qué  
fecha tomó  
la alterna-  
tiva Pepe  
Iglesias?

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa anunciadora "Hijos de Valeriano Pérez", Cruz, 7, Madrid, respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, podrá participar en el sorteo que se celebrará diez días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de éstas se efectuará dicho día, a las ocho de la noche.

## PREMIOS

UN PREMIO de 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistentes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual suplicamos a cuantos escriban anoten claramente su nombre, apellidos y domicilio.

Solución al concurso anterior:

Antonio Márquez tomó la alternativa el 24 de septiembre de 1921, y se retiró el 29 de junio de 1936.

## HOJAS DE AFEITAR HAY MUCHAS...



MEZQUITA  
UNA SOLA

Navarra tiene un torero...



## JULIAN MARIN habla para EL RUEDO

"La suerte de matar es la que más fácil veo y con mayor gusto ejecuto"

**S**IN alharacas, tan sólo con el corriente anuncio de los carteles, apareció un día sobre los muros de Pamplona el nombre de Julián Marín, al que muy pocos concedieron importancia.

Llegado el día de la corrida —cartel de modesta novillada—, la Plaza registró una regular entrada. Con Marín, otros dos muchachos, toreros en agraz, hacían su debut.

La corrida comenzó a deslizarse tediosa y monótona. Pero en el tercer novillo el novel torero navarro trocó el aburrimiento de los graderíos en tarde de clamoreo triunfal.

Valor natural, sencillez en la ejecución, realismo puro fueron pródigamente evidenciados por el diestro en sus dos faenas. Y el público pamplonés, enardecido en aquellos instantes, pensaba unánime: «Ya tiene torero Navarra. Nos faltaba uno, y ahí está ese muchacho manejando la muleta como sólo los maestros saben hacerlo.»

Dos "fotos" de Julián Marín, el torero de Tudela

Y los que habían empezado acogiéndole con frialdad acabaron sacándolo en hombros bajo una tempestad de aclamaciones.

Fué entonces cuando el nombre del neófito comenzó a correr de boca en boca. Se trataba de un tudelano que en 1937 había desertado de un puesto burocrático en una entidad azucarera para seguir los azares del toro.

Las hermanas Palmeño, que le habían visto torear de salón, le animaron a cambiar de oficio, y Marín, sin otros conocimientos taurinos que los teóricos, salió en Tudela a matar un becerro en un festival a beneficio de los combatientes. Causó magnífica impresión, y pronto fué figura imprescindible de cuantas corridas se organizaban en Ciutruénigo, Estella, Tafalla y otros pueblos importantes de la Navarra alta y riberaña.

Después de su presentación en Pamplona, pareció apagarse la buena estrella del torero navarro; pero un buen día, ahincado Julián en su firme decisión de triunfar, debió decirse: «Me haré torero en Valencia o me retiraré definitivamente.»

Al brindársele un contrato en Valencia, tenía ante sí una magnífica ocasión de afirmar su personalidad en el cosmos taurino, y embebido en estos pensamientos entró el diestro en la bella ciudad levantina, plétórico de ilusiones y con muy pocas pesetas en el bolsillo.

Y conforme se lo había propuesto, Julián salió a la arena dispuesto a jugarse la vida en su torneo con la fiera entre vuelos de percalina, fulgor de sol y el perfume de los naranjos en flor.

Ya en los primeros lances, y luego en los quites, Marín se arrojó cuanto pudo. A los espectadores les dió la sensación de hallarse ante un auténtico valor. Tras una faena de muleta reposada y dominadora, montó el estoque, y despacio, dejándose ver, consiguió una magna estocada.

Como el de Tudela lograra repetir la faena en el último de la tarde, la gente se echó al ruedo frenética. Julián sintió que le aupaban en vilo, lo elevaban sobre un mar de cabezas vociferantes y lo arrastraban flotando sobre aquel humano oleaje.

Hasta siete veces más volvió a torear en Valencia aquel año de 1942, y en seis reprodujo el alboroto de la primera tarde. En Madrid toreó cuatro novilladas, y en la cuarta, que hacía su despedida de novillero, un novillo de Juan Belmonte, de excesivo celo, le cogió, rompiendo la faena cuando se hallaba en su mejor momento.

Sin llegar a restablecerse por completo, salió en la feria de San Fermín a que Pepe Bienvenida le cediera el toro de su alternativa, testificada por la presencia de Manolete.

Ni el garado de Samuel Hermáez se prestó a hacer grandes proezas, ni las debilitadas facultades del bisoño matador de toros contribuyeron a su ejecución. De aquí que el peor recuerdo para Julián Marín sea el de la tarde de su alternativa, y no porque ésta fuera catastrófica, sino por no haber conseguido repetir o superar aquella tarde en que hizo ante sus paisanos la primera de sus excelentes faenas.

Al inquirirle yo la causa de su retraso para confirmar la alternativa, con una loable modestia Julián me habló de que hasta ahora había retrasado ese momento a fin de venir a la Monumental de Madrid en las mejores condiciones para conseguir un triunfo definitivo.

Según sus afirmaciones, su punto fuerte está a la hora de empuñar espada y muleta. Recomienda escuchar a un diestro decir que la suerte de matar es la que más fácil ve y con mayor placer ejecuta.—F. M.





## ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

# ¡AQUEL ADIOS A LA PLAZA VIEJA!



NO habían podido con sus muros el frenesí de las más grandes ovaciones —de esas ovaciones en las que, según la frase estereotipada de los cronistas, “la Plaza se venía abajo”— ni los muchos años que habían ido desconchando una por una sus paredes. Hubo de ser la piqueta quien acabase con la vida de aquel ruedo, por el que habían ido desfilando los maestros de la torería de todos los tiempos.

Y en los días que precedieron a su muerte —como quien dice, en los días en que había entrado en capilla el ruedo de la carretera de Aragón—, estos tres toreros, Antonio Fuentes, Regaterín y Vicente Pastor, que tantas veces, vistiendo el oro de los caireles, habían pisado su arena, quisieron darle su último adiós.

Y reunidos los ha sorprendido el fotógrafo —como es costumbre decir en los epígrafes de los diarios, sin que ellos hayan sido cogidos nunca por sorpresa—, y aunque han dado su sonrisa al clisé—, lo cual prueba una vez más la falta de sorpresa de los fotografiados—, estamos bien seguros de que la seriedad les anda por dentro y hasta casi a flor de piel, pues no en balde sus primeros amores, sus pri-

meras ilusiones, se cifraban en abrirse de capa ante el graderío de aquel coso, apretar bien los pies sobre su arena y esperar quietos, erguidos, impávidos, la embestida de la fiera una y otra vez, hasta que el pasmo del público se abriera en un atronar de palmas y oles. Y no en balde aquello se cumplió y los tres supieron de ese momento, capital en su vida torera, que les sirvió a modo de trampolín para saltar a los ruedos de otros climas.

Y cuando ya lanzados, aplaudidos por todos los públicos, movidos sus nombres en las columnas de la Prensa, volvieron una y otra vez a esperar la salida de su toro apostados junto al burladero, el público de aquella Plaza les supo dar en todas las ocasiones lo mejor de su comprensión, y con ello sus más cálidas ovaciones y sus más encendidos aplausos.

Por eso han venido “a verse” hoy otra vez al echar su último vistazo a la Plaza de la carretera de Aragón. Y así, al ir despacio, sin prisa ninguna, dando la vuelta al anillo, la anécdota de estas tres vidas toreras ha resurgido. Y si en aquella parte del ruedo, junto a toriles, Vicente Pastor recuerda “aquella gran estocada que le valió las dos orejas y la salida en hombros, más allá, Antonio Fuentes puso tres pares maravillosos que enloquecieron al respetable,

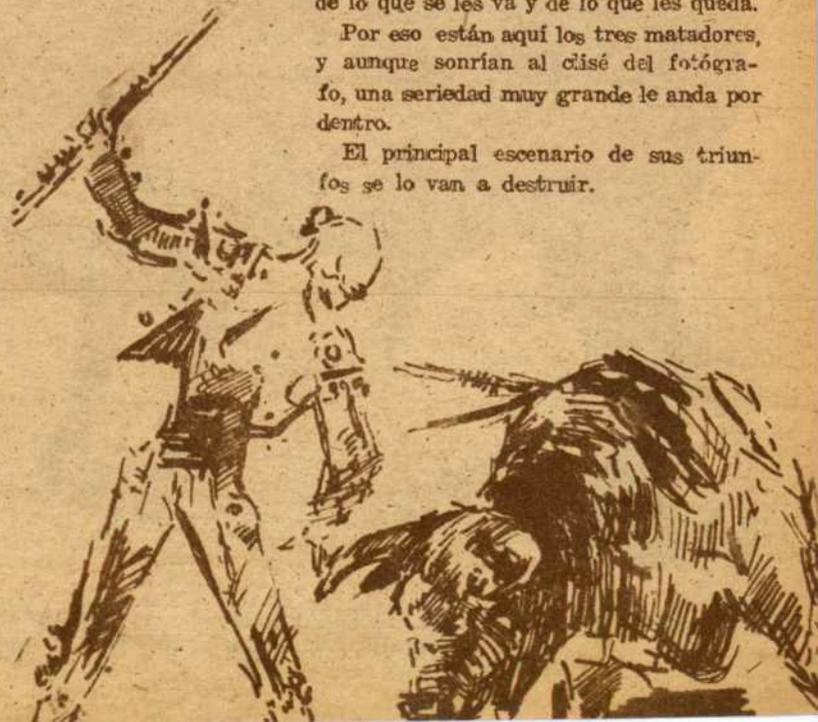
y un poco más lejos, Regaterín se dobló con un Miura hasta embeberlo en su muleta, haciéndose dueño del toro.

Y aquí hizo uno el quite más oportuno y pinturero, y allá pegó un resbalón en la cara del bicho, el otro, que le hizo enmendarse y perder una oreja que ya estaba casi ganada, y más allá sufrió un puntazo el tercero.

Y, en fin, en cada granito de arena hay un recuerdo alegre o triste —¡alegres todos, pues son recuerdos!—, y el recorrido se alarga porque tiene miedo de inse. Ellos piensan que aquel gran eslabón que les une a la historia taurina desaparece, y sienten el escalofrío de la despedida y de lo que se les va y de lo que les queda.

Por eso están aquí los tres matadores, y aunque sonríen al clisé del fotógrafo, una seriedad muy grande le anda por dentro.

El principal escenario de sus triunfos se lo van a destruir.



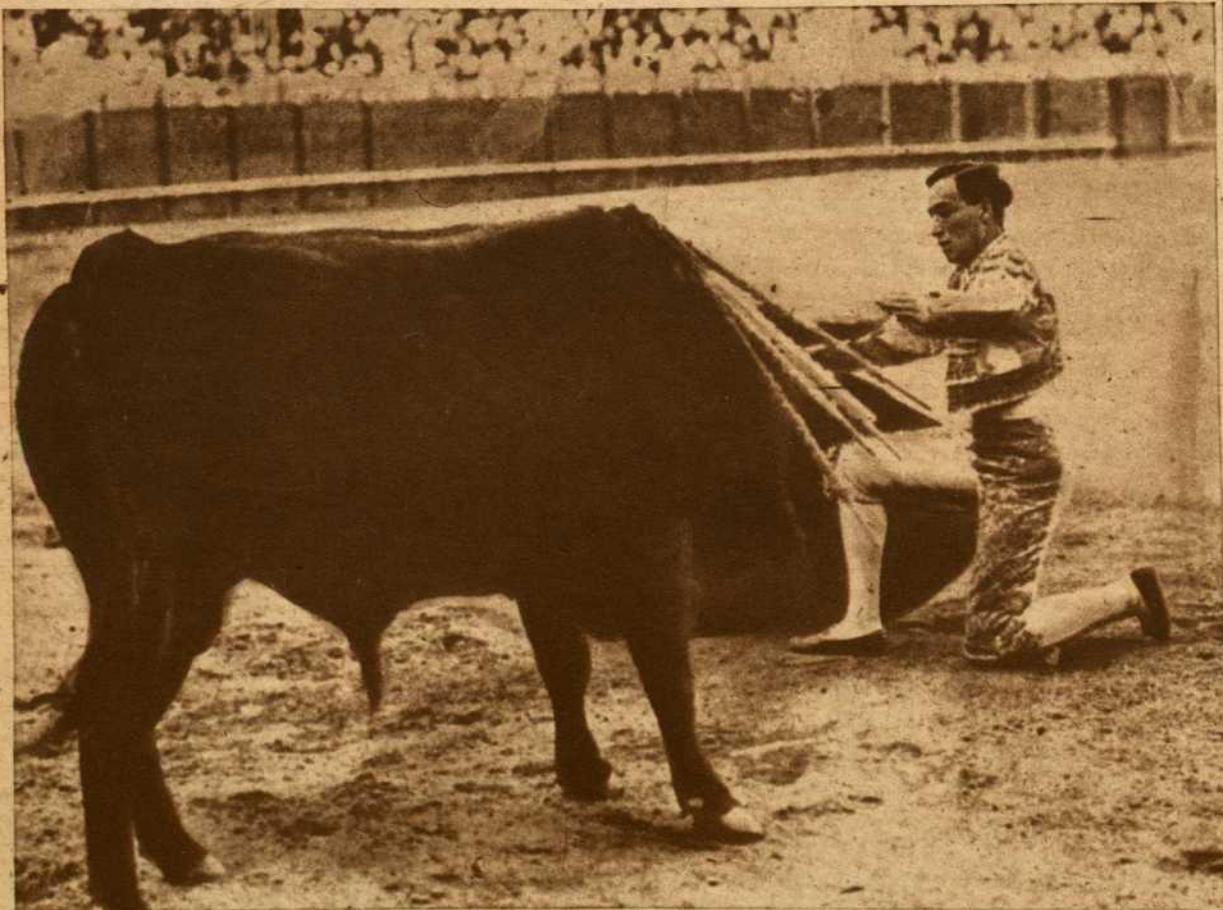
# JOSELITO



El maestro Josecito, en su mejor época, daba este magnífico pase para hacer doblar a...



Joselito, el Gallo, con su arrogante planta de torero, clavados los pies en la arena, torea así de muleta.



Su dominio sobre los toros era absoluto. En todos los terrenos se mostraba seguro, y a veces, como en esta fotografía, hacía pasar al toro bajo su muleta mágica. (Foto hecha en Sevilla.)



Una actitud característica de Belmonte

EN el invierno de 1911, coincidieron en la tienda de una ganadería andaluza Josecito y Belmonte. El primero asistió como invitado para dirigir las faenas camperas, pues ya estaba colocado a la cabeza de la novillería. Belmonte sólo era conocido, entonces, por un pequeño grupo de aficionados sevillanos.

Durante las faenas de tienda, y en uno de los descansos de José, salieron a la plaza Juan y los otros modestos aficionados sevillanos de esperar a Belmonte.

que con él acudieron a la finca con la esperanza de torear alguna res, aunque fuese de retienta.

Cuando entró en turno Belmonte, se fué hacia la vaca, que estaba emplazada en terreno considerado hasta entonces como de la exclusiva posesión de las reses. Al verle citar allí, le gritó José: «Ahí, no; que te fogue». Juan no le hizo caso. Insistió, y al acercarse la vaca le volteó aparatosamente. Se levantó rabioso y dirigiéndose a ella de nuevo le dió cuatro o cinco lanzas en aquel mismo sitio. Al rematar la serie, mirando a José, le dijo: «Ya sabía que me iba a coger, pero la gracia está en torear en ese terreno».

Este, creo, fué el origen de la competencia más famosa que registra la historia del toro, y que en realidad no ha existido más que entre sus respectivos partidarios, pero nunca entre dos figuras, una de las cuales, con su estilo único de apoyarse sobre la cintura, torea, exclusivamente, con el corazón y los brazos. José ejecutaba entonces el toro al estilo tradicional, o sea con un alarde de facultades físicas y mentales, aunque impropias de sus pocos años. Esta diversidad de estilos dió lugar a calificar de fenómeno a Juan, y a Josecito como el mejor torero de la época de Belmonte. Esta distinción, ya conocida, la compartió íntegramente.

La primera corrida en que alternaron juntos fué la celebrada en Barcelona el 15 de marzo de 1914, completando la terna Cocherito de Bilbao, lidiando reses de Moreno Santamaría. Después de actuar juntos en otras Plazas —Castellón, Valencia—, celebraron su primer encuentro con el público al rojo vivo, en la feria de Sevilla, cuarta corrida. Alternó con ellos Gaona, y en ella puede decirse que fué donde la pasión entre los partidarios de los dos colosos llegó al máximo, empezando ya las discusiones violentas, e incluso los golpes, pues los gallistas se jactaban de que Belmonte no torea en la famosa feria escudándose en un percance sufrido recientemente; pero en un gesto de pundonor, aunque a trastras, salió a torear en dicha corrida «de Miura», pues en las anteriores, para las que también estaba contratado, materialmente no se tenía en pie.

A los pocos días —memorable e histórico— 2 de mayo—, alternaron juntos, por primera vez, en la también histórica Plaza de Toros de Madrid, en unión de Rafael, el Gallo. Aquella tarde, con toros de Contreras y después de haber estado muy bien en los toros segundo y tercero, realizaron, Josecito con Arzuero, y Belmonte con Tallealto, las dos faenas más grandiosas que hasta entonces había hecho torero alguno, y que constituyen las dos primeras páginas del «Libro de oro taurino» que, iniciado ese día, escriben juntos hasta el 16 de mayo de 1920, y continúa el otro solo, hasta 1935. De dicho «Libro» no hay más que un ejemplar y los apéndices que, aunque sea en festivales, «edita» todavía, todos los años don Juan Belmonte —y sea por muchos—, para satisfacción de los que, aun sin la emoción



El pasmo de Triana en una media verónica



Un ayudado por alto de Belmonte

# BELMONTE

del toro, queremos seguir *saboreando* su arte y estilo geniales.

Al día siguiente, en la corrida de Beneficencia, volvieron a torear en Madrid, acompañados de Vicente Pastor y Rafael. La expectación era extraordinaria, llegando a cotizarse las entradas a precios de actualidad; pero como ocurre casi siempre en estas corridas de ambiente cargado, no hubo grandes cosas por culpa del ganado de Santa Coloma, que resultó mediano. Belmonte



Joselito rematando con media verónica

te fué cogido por el cuarto, al entrar a matar, sufriendo una cornada que le tuvo alejado de los ruedos durante el mes de mayo. En el resto de la temporada, como en las siguientes —1915 a 1920—, se mantuvo entre los respectivos istas la más viva discusión entre ambos *genios del toreo*, que torearon bastantes corridas mano a mano, en las que demostraron ser: Joselito, el torero de más dominio, afición e inteligencia de todas las épocas del toreo, pues aunque no alcanzamos los años de Lagartijo, Guerrita y Ricardo Bombita, hay referencias desapasionadas que lo reconocen; y Belmonte, el Terremoto, Cataclismo, etc., que rompió con todas las principales normas a que se sometía la práctica del toreo.

Reconocían las Ordenanzas taurinas que el torero tenía su terreno y el toro su parcela inaccesible para aquél. El gran torero de Gelves respetaba la teoría y así empezó su vida taurina; pero con frecuencia, y contagiado de su compañero, se metía en el terreno prohibido. Belmonte, no. Desde el primer momento, toreó en los terrenos vedados al lidiador, entrando en ellos como un cazador furtivo, y aunque los guardas le ocasionaron bastantes disgustos, acabó haciendo lo que quería, y así le recordamos en su famosa faena a Barbero, de Concha y Sierra, el 21 de junio de 1917, durante la cual no pudo el vigilante quitárselo de encima y tuvo que someterse a su valor y arte. Veagan al toreo muchos furtivos de esta clase.

También requerían las citadas Ordenanzas magníficas condiciones físicas en los toreros. A Joselito le dotó la Naturaleza de unas facultades portentosas, que le permitieron realizar alardes como el del 3 de julio de 1914 en la Plaza de Madrid, en que él solo mató siete toros de don Vicente Martínez,

y con gas todavía para repetir la hazaña varias veces en esa temporada y en las restantes de su vida. Pero eran tan grandes su inteligencia y afición, que de corrida en corrida iba adaptando su estilo, resultando un conjunto que, dentro siempre de su escuela, tenía una alegría y un sabor que no hemos encontrado en los que hasta hoy han seguido su trayectoria taurina.

Belmonte, por el contrario, empezó su vida taurina siendo un muñeco de piernas de trajo. Pero sea por esta circunstancia, o por inspiración divina, es lo cierto que su estilo inicial marcó unas

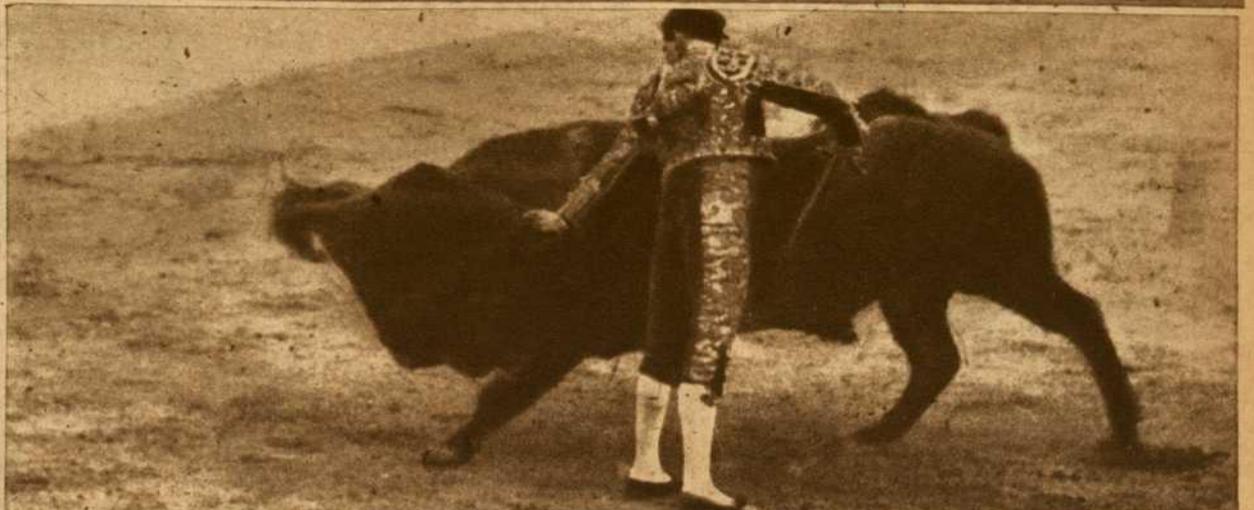
normas nuevas a las que tuvo que amoldarse José, a quien su afición y amor propio no permitían dejar paso a ningún otro torero, y después todos los que, para triunfar, han tenido que llevar a los tendidos la emoción que el trianero, con su estilo maravilloso, trajo al toreo, que descansaba únicamente en la cintura y brazos y casi nada en las piernas, dando lugar con ello a que se colocasen burladeros permanentes en las Plazas de toros, que antes no se ponían más que cuando algún espada salía a torear con una herida abierta y previo anuncio en los carteles. Y todo ello, lidiando toros.

(Fots. Vaquero y Rodero)

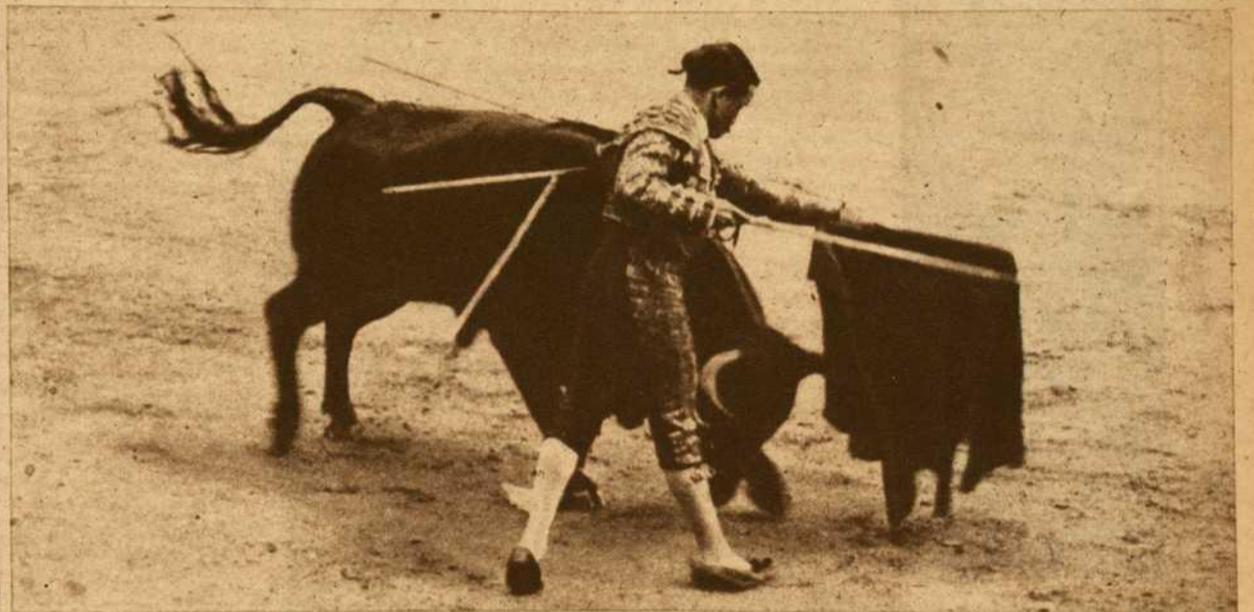
EFEPE



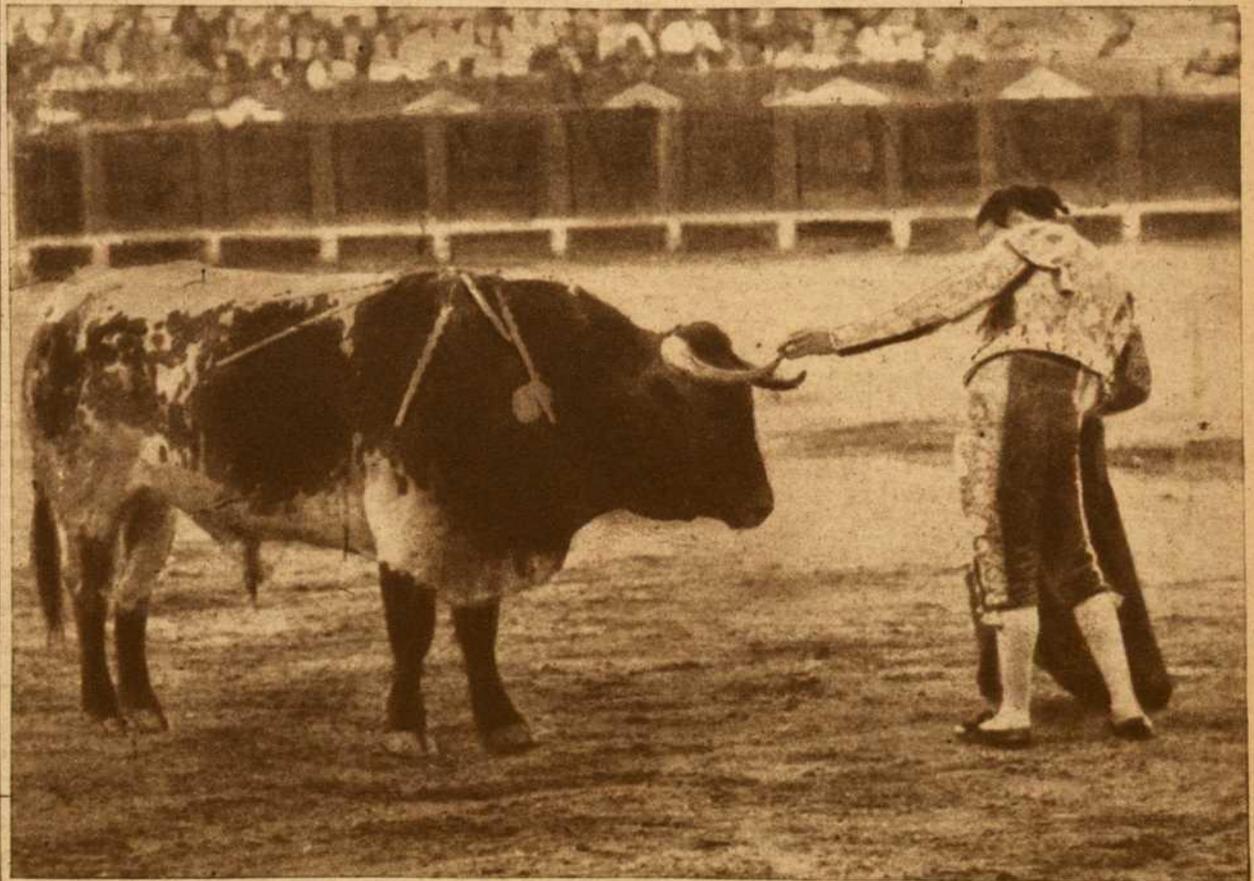
Un soberbio par de banderillas de Joselito



Un gran pase con al izquierda de Belmonte. (Esta foto está hecha el 6 de octubre de 1927 en la vieja Plaza de Madrid.)



El diestro de Triana iniciando un pase de pecho. (Foto obtenida también en la Plaza de Madrid.)



Juan Belmonte adornándose con un toro de verdad. (Plaza de Aranjuez el 5 de septiembre de 1935.)



El maestro de toreros en un formidable pasó

**Hoy hace veintisiete años**

## JOSE FLORES, CAMARÁ

tomó la alternativa en Madrid el 21 de marzo de 1918

JOSELITO le cedió el toro Amargoso, de Benjumea

Actualmente es apoderado de MANOLETE



Camará en la época que tomó la alternativa

**H**oy se cumplen veintisiete años de la fecha de la alternativa de José Flores González (Camará III) —los dos que usaron el apodo anteriormente fueron Antonio Luque, sobrino de Panchón, y Ricardo Luque, subalterno de la cuadrilla de Machaquito—. Veinte años contaba Pepe Flores —nacido el 7 de mayo de 1898— cuando el acontecimiento. Su iniciación taurina había sido rápida. Vertiginosamente ascendió al pináculo del escalafón novilleril. Y aprovechando la novedad, el sobrino de Rafael González (Machaquito) fué al doctorado.

La Plaza de Madrid estuvo aquella tarde del 21 de marzo de 1918 reboante de aficionados. Corrida extraordinaria. José Gómez (Gallito) había de doctorar a Camará, con toros de Benjumea, y de testigo Julián Sáiz (Saleri II). Expectación inusitada en los tendidos.

A las tres y media de la tarde se hizo el paseo de las cuadrillas, y entre el incontenible júbilo del público se dió suelta al primer bicho de la corrida, que era de preciosa estampa, grande, gordo, hondo y de desarrolladas defensas. Su nombre era Amargoso.

Pepe Flores, entre la emoción del momento, intentó lancear, y en el primer capotazo fué atropellado y derribado, sin ulteriores consecuencias. Cuatro varas recibió el bicho —que era manso, como toda la corrida—, a cambio de un saenques. Dos quites hizo Camará sin grandes esfuerzos artísticos, y llegó el momento culminante.

Gallito, que vestía traje plomo y oro, entregó al recipiendario —de flamante terno verde claro y oro— estoque y muleta. Hubo cordiales apretones de manos y aplausos del respetable. Y Camará dejó inédita la faena. Tanteó a Amargoso con la derecha; luego con ambas manos, intentando sujetarle, pinchó arriba, saliendo con la rizada camisilla hecha jirones; volvió a la carga con otro pinchazo, y por fin, recetó media estocada de buena colocación.

Ni en éste ni en su otro enemigo José Flores consiguió agradar al público. Pero tuvo a su favor, como descargo, la mansedumbre del ganado. Sólo

en los toros cuarto y sexto, luciendo de forma maravillosa su peculiar y discentidísimo estilo.

Pese al tono gris en que se desarrolló la corrida de su alternativa, Camará contrató aquel año sesenta corridas, de las cuales sólo pudo actuar en 56 por la cogida que sufrió el 25 de julio, en la navarra Plaza de Tudela. En el año de 1919 actuó en 36 corridas, y en muy escasos festejos tomó parte en temporadas sucesivas.

La última corrida en que actuó fué en su tierra natal, Córdoba, con motivo de la renombrada feria de Nuestra Señora de la Salud, el 27 de mayo de 1926, lidiando reses de Natera con Chicuelo y Niño de la Palma.

Durante los diez años siguientes Pepe Flores dedicóse al negocio de Empresas taurinas, y en 1937 actuó en varios festivales taurinos en Córdoba y su provincia. El propio ex diestro nos llegó entonces a declarar que aquellas sus salidas a los ruedos alimentaban el propósito de probarse ante las reses para volver a vestir el traje de luces. El que estas líneas escribe acompañó a Camará durante toda esta campaña de festivales, en los que, por cierto, actuaba acompañado de un muchacho, novillero modesto, pero con aspiraciones: Manuel Rodríguez (Manolete). No se daba malas trazas el sobrino de Machaquito ante las reses. Aun conservaba la solera de su toreo fino y de su técnica excelente. Pero no volvió a ceñir la taleguilla. Se hizo apoderado de aquel muchacho a quien acompañaba en los festivales. Hoy el novillero serio y modestito se ha constituido en la primera figura del toreo de la época. Y don José Flores González goza de más popularidad que aquella tarde del 21 de marzo de 1918, en que Joselito cedió a Camará el toro Amargoso, de Benjumea.

JOSE LUIS DE CORDOBA

## Historia taurina de VICENTE PASTOR

Por imperativo de la actualidad, no publicamos en este número nuestro semanal reportaje titulado "Historia taurina de Vicente Pastor". Lo reanudaremos la próxima semana.

Hacemos esta aclaración a nuestros lectores para justificar dicha falta.

**NUESTRA CONTRAPORTADA**

## Antonio Sánchez EL TATO

Por BARICO



**E**l 6 de febrero de 1831 nació El Tato en Sevilla. Empezó a actuar en los ruedos españoles en el año 1849, como agregado a una cuadrilla de pegadores portugueses que durante el citado año, el de 1850, se exhibió mucho por las Plazas españolas. Antonio era el encargado de dar muerte a los toros con que los portugueses realizaban su trabajo. Durante la temporada de 1850 le vió El Chiclanero matar en Santiago de Compostela, y tantos elogios hizo del sevillano, que al año siguiente ingresó Sánchez, en calidad de puntillero, en la cuadrilla de Juan Lucas Blanco. Durante la segunda temporada de 1852 figuró como banderillero en la cuadrilla de Curro Cúchares, quien durante el año 1853 le cedió la muerte de muchos toros. Para el 30 de octubre de dicho año se anunció en Madrid una corrida en la que habían de

intervenir Cúchares, El Salamanquino, Cayetano Sanz y Manuel Arjona. Julián Casas sufrió un percance el día 24, del que no curó a tiempo para intervenir en dicha corrida, y en su lugar fué contratado Antonio Sánchez, a quien Curro Cúchares cedió su doble turno, o sea los toros primero y quinto. Y así fué cómo El Tato tomó la alternativa. El primer toro, de la ganadería de don Gaspar Muñoz, se llamaba Cocinero.

Para el 7 de junio de 1869 se organizaron en Madrid dos corridas de toros. En la de la tarde habían de matar seis reses de don Vicente Martínez El Tato y Lagartijo. Al entrar a matar por tercera vez Antonio al toro Peregrino, cogió la res al torero y le infirió una herida de cuatro centímetros de longitud por tres de profundidad en el tercio superior de la pierna derecha. El día 14 del mismo mes le fué amputada la pierna.

El 31 de octubre de 1869 se celebró en Madrid una corrida de toros a beneficio de Antonio Sánchez, en la que intervinieron Lagartijo, Frascuelo, Jacinto Machío y Chicorro.

Dos años después le hicieron una pierna artificial y probó a torear el día 14 de agosto en Badajoz. Convencido de su inutilidad, resolvió no volver a actuar en los ruedos. Aceptó un empleo en el Matadero de Sevilla, y en Sevilla falleció el 7 de febrero de 1895. Contra lo que se ha dicho, El Tato no murió pobre, pues dejó alhajas por valor de diez mil duros, papel del Estado por valor de treinta mil duros y una casa en el barrio de San Bernardo, valuada en ocho mil.

Cuando Curro Cúchares, maestro de Antonio, decidió protegerle, nadie adivinaba en el joven torero condiciones para conseguir el puesto que más tarde alcanzó. Ya matador de alternativa, Antonio Sánchez no lograba sobresalir por su toreo personal; era su arte recuerdo confuso de la manera de hacer de José Redondo, de Juan León, Arjona Guillén y Desperdicios. Ni aguardaba a los toros como lo había hecho el ejeano Martíncho, ni iba hacia ellos como el sevillano Costillares; pero hacía alardes de valor y de seguridad. En 1854 se separó de Curro Cúchares, y en 1855 se distinguió ya por sus adornos con la capa. Al año siguiente renunció a imitar a Cúchares con la muleta y a Desperdicios con el estoque, y vino a practicar con valor y soltura la suerte del volapié, aunque no a la perfección, pues no vaciaba, ni mucho menos, a la perfección, y antes de arrancar daba una patadita en el suelo. Esta suerte, en realidad, es la de la estocada arrancando, que es la que hoy se practica. Pero gustó al público, y por ello El Tato tuvo, en la suerte de matar, superioridad sobre sus compañeros.

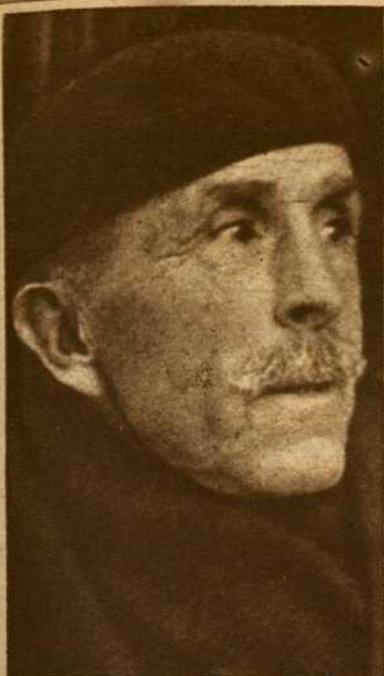
El 1 de junio de 1857 el toro Barrabás, de la ganadería de don Joaquín de la Concha y Sierra, vació el ojo derecho a Manuel Domínguez en el Puerto de Santa María, y El Tato mató los ocho toros.

En 1858 creció su fama, y en el año siguiente toreó cuarenta y una corridas sin sufrir cogidas; en 1860 afinó mucho su toreo y fué ya una sobresaliente figura.

A fines de este año depositó El Tato, con intervención judicial, en casa de don Francisco de Paula Morán, a su futura María de la Salud Arjona Reyes, y el 5 de enero del año siguiente, vencida la oposición de Cúchares, casó con ella. A los pocos días de la boda dió un banquete en honor de los contrayentes el conde del Aguila.

A partir del 5 de abril de 1863, fecha en la que El Gordito confirmó su alternativa en Madrid de manos de Cúchares a presencia de Antonio Sánchez, empezó entre Antonio Carmona y El Tato la más exasperada rivalidad taurina que se ha conocido. Tal pasión pusieron los partidarios de uno y otro en las disputas que sostenían, que en muchas ocasiones hubo de intervenir la fuerza pública para mantener el orden, turbado por aquéllos. En la sesión de la Asamblea Nacional del 19 de mayo de 1869, López de Ayala, ministro de Ultramar, refiriéndose a la indiferencia con que los gaditanos vieron partir al duque de la Torre a su confinamiento, dijo, poniendo en contraste tal indiferencia con las pasiones que despertaba la rivalidad entre Sánchez y El Gordito: «Pocos días antes de estos sucesos tuvo la autoridad militar (y es un detalle histórico muy importante) que tomar algunas precauciones. El motivo, de puro pueril, se convierte en altamente significativo. Trabajaban en competencia dos toreros; los partidarios del uno y del otro se encontraban en tal estado de excitación, que todo el mundo temió un choque y encontré muy prudentes las precauciones que para evitarlo se habían tomado.»

**BEBAN SIEMPRE**  
*Manzanilla*  
**LA GITANA**



Don Cristóbal Martínez en la actualidad

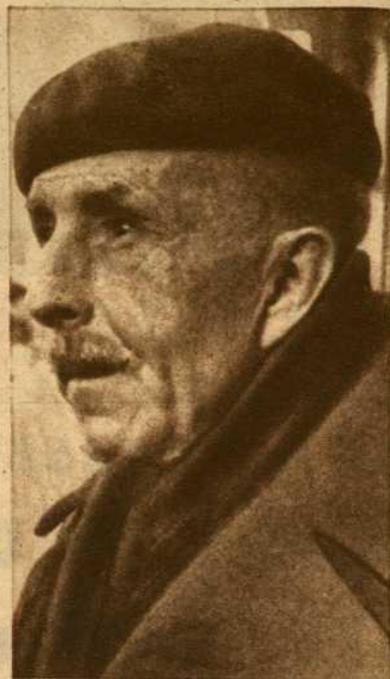
# EN LA PLAZA DE YECLA

## TOREO JOSELITO SU PRIMERA NOVILLADA CON CABALLOS

### DON CRISTOBAL MARTINEZ

evoca su vida taurina iniciada en el pueblo murciano en la corrida del Corpus de 1893

Por JULIO FUENTES



Don Cristóbal en su charra para EL RUEDO

Reano Llopis, cuadrillas de los Niños Sevillanos, Limeño y Gallito III, expectación, la Plaza llena, y una tarde triunfal para los niños. Unos niños que a mí, que apenas contaba nueve años, me parecieron hombres. ¡Gallito III tenía quince!

Varias veces había barajado estos recuerdos, con el propósito de fijar una fecha importante en los orígenes de mi afición, sin sacar una chispa más de luz a mi memoria, cuando un día pasado me encontré con la persona a quien siempre había conocido como empresario y propietario de la Plaza de Toros de Yecla, don Cristóbal Martínez Tortosa.

Horas y horas de conversación fueron desempolvando mis recuerdos infantiles de la fiesta, auxiliada la memoria con la contemplación de viejos carteles, recortes de prensa y fotografías. ¡Casi llegué a sentir esa melancólica y enfermiza añoranza de otros tiempos que tanto envenena a los viejos aficionados!

Pero don Cristóbal me dijo tanto y tan bueno que, al final de nuestras evocadoras conversaciones, pensé en sistematizar cronológicamente sus recuerdos y empecé al modo clásico mis preguntas.

#### LOS TOREROS Y SAN CRISTOBAL

—Bien, mi querido don Cristóbal. ¿Recuerda usted la primera corrida que organizó como empresario de la Plaza de Toros de Yecla?

—La recuerdo —me respondió con viveza— como si acabara de firmarla con Julio Fabrilo.

—¿Con Julio Fabrilo? Pero, ¿a qué fecha se remonta usted?

—Nada menos que a la corrida del Corpus del año 1893.

Aquel año fué el primero que el señor Martínez Tortosa, amigo de toreros, joven aficionado que se desplazaba apasionada y constantemente a Murcia, Cartagena, Alicante, Valencia, Albacete para presenciar cualquier espectáculo taurino, se sintió empresario. Quería contagiar su afición a sus paisanos y contrató al valenciano Julio Aparicio (Fabrilo) para despachar, él solito, seis bicharracos del conde de la Patilla.

Era don Cristóbal, a la sazón, mayordomo del santo de su nombre y se le metió en la cabeza que los diestros que tenían que alternar por la tarde en la corrida llevaran por la mañana, en la procesión del Corpus, las andas que sustentaban a su santo Patrón. Julio Fabrilo no opuso la menor resistencia, y como él era el único matador quedó acordado que le acompañarían en el menester su hermano Francisco, que le acompañaba en el viaje, y los picadores de su cuadrilla José Bayard (Badilla) y Nicasio Soria.

Por la tarde, Fabrilo fué empitonado apenas salido el primer pavoroso toraco del conde de la Patilla.

Don Cristóbal se echó asustado las manos a la cabeza, y Fabrilo, que había salido indemne del contronazo, se encaró con el asustado empresario para decirle:

—No te apures, hombre, que acabaré con este toro y con los cinco que quedan en los corrales. ¿O es que tú no crees en tu Patrón San Cristóbal?

El relato podía terminar aquí; pero aquella tarde aun ocurrió algo digno de mención, y fué que Badilla, derribado por un toro, cayó, como le ocurría casi siempre, de pie. Fabrilo, entonces, que estaba dispuesto a agotar las ganas de aplaudir que el público mostraba, ofreció a Badilla una punta de su capota y el quite al herido penco fué hecho al alimón por diestro y picador.

Entre la ovación clamorosa, Fabrilo se dirigió de nuevo al empresario y le dijo, casi increpándole:

—¿Qué? ¿Crees ahora en tu Patrón?

—Creo en mi Patrón —respondió don Cristóbal—

y en Santa Rita, que es abogada de imposibles.

#### DESPUES DE YO, EL UNICO, DIJO FRASCUÉLO DE FABRILLO

Tal fué lo más saliente de aquella tarde, en la que don Cristóbal no quedó defraudado ni en su afición ni en sus naturales apetencias económicas. Además,

a la corrida había precedido el siguiente hecho, que le puso en estrecha amistad con Frascuelo: Cuando el flamante empresario fué a ver los toros de su primera corrida a Torrelodones, en un grupo en el que se encontraba él con ganadero, conocedores, mayores y aficionados, una voz recia preguntó:

—¿Y quiénes van a despachar estos seis bicharracos?

—Quiénes, no; quién —respondió don Cristóbal.

—¿Uno solo va a poder con éstos no siendo yo?

—Pues Julio Aparicio (Fabrilo) se ha comprometido en este contrato.

Y el joven empresario yeclano mostró orgullosamente el documento.

Frascuelo, que no era otro el asombrado ante el pavoroso trapío de las reses, respondió entonces:

—¡Ah, bueno; ese es, después de yo, el único!

#### JOSELITO TOREA SU PRIMERA NOVILLADA CON CABALLOS

Derecho a lo que más me interesaba evocar en este reportaje, pregunté a don Cristóbal Martínez:

—¿Cómo es eso de que Joselito torea en Yecla su primera novillada con caballos?

—Yo quería llevar a nuestro pueblo la famosa cuadrilla de Niños Sevillanos y me puse en comunicación con su apoderado, sin pensar para nada en si sería o no con caballos. Luego resultó que el gran Joselito, el inmenso José, eligió mi Plaza para probar sus posibilidades a los quince años. Busqué novillos buenos, y adquirí cuatro hermosos caballos, porque no quería tener bajos, pero ocurrió...

Cuando llegó José —Gallito III entonces—, su primera preocupación fué ver los caballos. Estaba ilusionado con la —para él— trascendental corrida. Visitó las cuerdas e hizo ingenuas preguntas.

A punto de hacer el paseo, miraba constantemente hacia atrás para ver a los picadores, montados ya en los caballos. Tenía un gesto ufano y grave. Ufano, por la hazaña que iba a realizar siendo todavía un niño y grave porque Joselito tuvo desde los albores de su prodigiosa carrera artística un excepcional sentido de responsabilidad. Mezclado con esto, la misma preocupación pueril que se condensaba en esta pregunta hecha a don Cristóbal innumerables veces:

—¡Oigame, señor empresario! ¿Usted cree que los novillos que yo voy a atorear podrán matar los caballos?

El toro primero de Limeño ni siquiera pudo derribarlos y José quedó francamente contrariado; pero el suyo salió boyante y poderoso y de buenas a primeras arremetió contra un jampego, al que hirió y derribó con gran estrépito.

La emoción del coloso de Gelves no tuvo límites, y apenas realizado el quite, valeroso y artístico, se acercó a don Cristóbal, que, como siempre, andaba entre barreras, para preguntarle:

—¿Usted cree que morirá ese caballo?

—Si, querido, sí —le respondió conmovido el empresario—; no te preocupes que ése no se escapa.

Don Cristóbal, que repartió toda su vida, aun ahora, que está sarrinconadico, como él dice, con idéntica generosidad su dinero, su conversación, su casa y su amistad, pensó rápidamente en el procedimiento de complacer al muchacho, y trasladándose al patio de caballos, ordenó que el jampego fuese apuntillado. Después volvió al callejón y se encaró con José, que comprendió y exclamó simplemente: «¿Ya?» «¡Yal», respondió el generoso empresario.

Por encima de las tablas de la barrera el hombre y el niño se abrazaron efusivamente con lágrimas en los ojos de los dos: las de José, de puro gozo infantil; las de don Cristóbal, de la íntima satisfacción que engendra el ser bueno y generoso.

La anécdota es ejemplar y retrata exactamente a Joselito. Era entonces muy niño, pero los años no habrían de cambiarle. Su bondad, su corazón, con el tiempo conservaría aquella ternura casi infantil, que una tarde demostró en ocasión de torear su primera novillada con caballos en Yecla. Nos lo recordará don Cristóbal, con los ojos empañados por la emoción.



Don Cristóbal Martínez, en su juventud, en el callejón de la Plaza de Toros de Yecla, de la que era empresario



Manolete, La Serna, Pepe Martín, José María Cossío, Juan Mari Pérez Taber-  
ro, Parrita y algunos aficionados, en la finca de San Fernando, de don An-  
tonio Pérez

## Tienda de reses bravas en la ganadería de DON ANTONIO PEREZ, de San Fernando



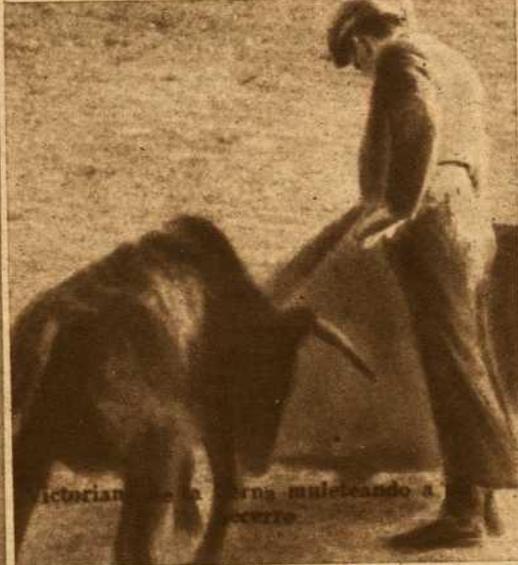
Don Antonio Pérez, acompañado de don Manuel Arranz, presenciando la tienda  
de reses bravas

Juan Mari y Manolete con el  
atuendo campero

Manolete con Parrita, en un descanso  
durante la tienda



Manolete y Juan Mari Pérez Taber-  
nero, vistos en la finca de San Fernando,  
donde se celebró una tienda de reses bravas



Victoriano de la Serna muleteando a  
Parrita



Juan Mari posa para nuestro foto-  
grafo. (Foto. Mari.)





Saliendo tras un banderillero  
(Dibujo de Perea.)

© 1914 by Perea. All rights reserved.



Toreros célebres: Antonio Sánchez, el Tato